

Revista de Aragón

Abril 1903 Año IV



Sección de Arte



LA MÚSICA CURSI

(CONTINUACIÓN)

Reducir las artes imitativas, escribía Gustavo Planché, á la expresión de lo real, querer que el pintor, el estatuario, el poeta, apetezcan el solo objeto de transcribir lo que ven, es renegar de la naturaleza y del poder de la imaginación. Lo cual no es una idea atrevida lanzada en tal controversia sobre los fines del arte; es el dictamen del arte mismo, la voz de todos los artistas. Preguntadle, si no, si su arte es mero oficio mecánico de repetidor caleógrafo, ó si al contrario tiene dentro de la cabeza cada maestro algo que se destila en el pincel ó en el buril; aun cuando aparentemente sólo copian la naturaleza, todos hablarán de genio, de inspiración; los más instruídos nombrarán la psicología del arte y os citarán la sentencia del Buonarrotta, *la mano che obbedisce a l' intelletto*, y tantos y tantos dictámenes de muchos sabidos y de todos profesados.

Y si esto acaece dentro del arte que imita por misión, ¿cuánta insensatez no supondrá el pretender que la música, por ningunos autores tenida como arte expresiva, cifre su dicha en la pintura de las cosas? ¿Y quién oirá sereno que tal musicante, sin más principios que los de chupar ó rascar su instrumento, parle, muy

tieso y convencido, de la música filosófica, trascendental, de las nuevas tendencias realistas y del arte músico docente?

Y de todo esto y mucho más hay en la viña del Señor, pues que basta asomarse á cualquiera comentario de cosas musicales para ver y oír las más bravas cosazas. No quiero que me siga nadie en recorrer los argumentos de ópera que se venden á la puerta del teatro, que éstos, harto pecado tienen con su torpísima traza literaria, como ya se dirá; quiero solo espigar aquello más excelente de la crítica del periódico y del libro de técnica musical para que más clara se vea la cursi intención de hacer decir, pintar, dolerse y aun discurrir muy agudamente á los instrumentos de la orquesta y á los gritos del coro; quiero convenceros de que hay gentes tan perspicaces y entendidas en materia de solfa, que saben cuándo los violines barruntan la tempestad y cómo se ama y se aborrece á fuerza de metal ó de madera y cuándo sopla el cierzo ú el bochorno, según las modulaciones del conjunto y que nada hay para ellos imposible, ni aun el popular modismo de sentir la hierba nacer.

Vean, vean ustedes cómo se narra en la prosa corriente de esos señores el argumento de una obra cualquiera..... de las que tienen argumento.

„Abrese el tema sóbrio con el rústico candor que á lo pastoral
„supieron inducir los maestros del género; inicianlo violoncellos
„y óboes y lentamente va difundiéndose á la cuerda toda robuste-
„cida por lindas apoyaturas de la madera; hácese el día, amanece,
„mas no con el esplendor vigoroso del trópico; hay en la orquesta
„ese tono nebuloso del Alpe, algo que viene al espectador como
„una bruma, algo que moja y pesa; en el tema se descubre á más
„un deseo, una aspiración del alma; aquella ascensión de la frase
„que sube de la mediana á la superdominante, que se estaciona
„allí para luego bajar hasta la tónica, donde cae desfallecida, lán-
„guida, es un hermoso efecto de sombra acentuada cuando la tó-
„nica se repite saliendo al *do* grave como si fuese al tono menor.
„Bien pronto los violines comienzan á agitarse, pero no, no son
„los violines, es la lucha del viento con los árboles, es la cólera
„del cielo entrecortada por las quejas de la naturaleza toda. La
„intención descriptiva es aquí evidente. ¿Cómo describir con so-
„nidos? ¿Cómo hacer ver por el intermediario del oído? Ya habla-
„remos de esto más tarde; por ahora persuadámosnos de que las
„frases *música descriptiva* y *música pintoresca* son de toda ley
artística.....

Y ahora, por no seguir enfadando más, vengamos al punto; ¿no

es todo esto una tontería, mejor aun, una retahila de tonterías dichas en el tono mayor de la tontería, que es lo pedante? ¿Puede á nadie esconderse que la música no imitará á la naturaleza ni en todo ni en parte, pues ni siquiera cuenta en el pequeño repertorio de su gama con los medios de expresión que tiene el lenguaje hablado? Y sin embargo, ¿qué no diríamos en vituperio de aquel poeta que pretendiese crear una obra onomatopéyica posponiendo el brillo de la frase y la pureza del idioma á la repetición de los sonidos brutales de la tempestad ó á la pintura del campo y los mugidos y relinchos de la bestia?

Epocas de mal gusto tuvieron las letras de todos los países; las agudezas raras, los resortes anartísticos fueron elevados á la categoría del sano procedimiento en tan malhadados días por los genios de la novedad y de la extravagancia; pero esto de querer retratar el sonido y pintar los aromas y mojar con lluvia las estrofas y secos de calor los períodos, hubo de parecer tan monstruoso á los entendidos, que nunca hizo ley ni formó escuela ni tuvo apóstoles..... Marini y Góngora y los *eufuistas* ingleses y los *ridículos* de la Francia decadente hubieran, á buen seguro, dado en los orates por tan recio delito artístico.

Siempre se concedió tal importancia al ánimo del oyente en materia de música, que casi casi se borró la calidad de ella para graduar sus efectos; de importuna calificó el aforismo latino á la música *in luctu*, por juzgar que acrecentaba la tristeza del alma doliente, y nuestro pueblo repitió el axioma diciendo de la jota ser alegre ó triste

según está quien la canta.....

¿Qué es esto sino denegar toda pretensión realista, descriptiva ó comoquiera decirsele? ¿Que no es más que un dictámen popular? Sí: y á más de ello la voz del sentido común. Acaso pase por muy ordinario é imperito á los ojos de quienes saben traducir la música que oyen, pero digo muy convencido, que estoy con el pueblo, con el refranero y con las coplas de ciego; porque siendo hombre y sujeto á los buenos y á los malos ratos de esta mi vida, he observado que la música *a ó b*, sea cual fuere, no ha hecho más que acentuar mi estado psicológico; y el himno patriótico más animoso y vibrante, fué grave y melancólico en mis duelos, y en cambio acrecentó mi bienestar suavísimo una melodía triste; la muerte de Valentín del Fausto, haciendo latir mi corazón á impulsos de la piedad ó del amor, según fuesen en aquellos momentos mis afectos dominantes y haciendo muy poco caso de la intención descriptiva del autor músico. Declaro que soy muy poco en-

tendido en música, pero también diré que la música que se escriba sólo para los armonistas y compositores tendrá mínimas partículas de arte, como poco ó nada tendrán de pictóricas las figuras que traza el geómetra para sus altas especulaciones; pues que unas y otras obras carecerán de ese objetivo ancho, universal, propio de las artes que abrazan á toda la familia humana sin preguntarla si tiene ó no el título de bachiller para el efecto de la emoción estética.

Voy con este largo sermoneo á probar que pueden también sacarse las cosas de su cauce y propio terreno en la composición música, dicho así crudamente, prescindiendo de si esa obra se llama *poema sinfónico* ó *sonata quasi una fantasía*, ó menos pomposamente *barcarola* ó *nocturno* para piano. Voy á demostrar, y creo que lo conseguí ya en buenos principios estéticos, que puede haber composiciones cursis de nacimiento, pues cursis de remate serán las que, hollando la tradición clásica y el verdadero fin del arte, se propongan otros resultados fuera del recreo espiritual que nos trae la belleza.

La belleza y su efecto legítimo, la emoción caliestética es el propio fin del arte, como la verdad es el afán de las ciencias; la ciencia que busque la belleza, dará en lo oratorio y pedante; el arte que busque la verdad dará en lo ridículo errando en una esfera que no es la suya; he aquí el caso de la música descriptiva que ambiciona para fruto de su labor en vez del clásico—qué hermoso es esto—el modernista—qué efecto *tan verdad*,—el *qué* ambiente tan puro el de esta frase—ó lo de—hay atmósfera marina en esta marinaresca.

En resumidas cuentas, y llevando á la práctica tan claras leyes del arte, vemos que se ejecuta una obra de este jaez y aun cuando sea con gran orquesta y cuente por ello el autor con los muchos medios que tan diversos instrumentos le ofrecen para la expresión, como todos los resortes son puramente convencionales, faltando la única clara verdad que está en lo plástico, para cada inteligente que saborea el efecto *verista* de aquella conversación instrumental, hay ciento y la madre que ó no han entendido ni jota ó lo han interpretado al revés y lo que para unos tenía de claridad aquel sonido monótono de los violines segundos, modulando tresillos iguales y acordes que quieren indicar las olas del mar, para los más será un run run ambíguo que lo mismo podrá significar aquello dicho, que el ruido de una carreta ó el de una fábrica de harinas ó ya los pródromos de una mala digestión.

Y si esto sucede en las composiciones á toda orquesta, ¿qué

no pasará en esas obritas para piano solo que también están hechas y vaciadas con la inclinación y torcedura de la expresión... esos nocturnos tan expresivos que parecen tomados del natural y convidan al sueño como la noche misma; esos *scherzós, impromptus, melodías y romanzas sin palabras* que pintan más claro que el agua el rumor de una fuente, el lánguido caer de la hoja en la otoñada, ó el combate anémico de la duda y el estallar frenético de la pasión? ¿Y qué de esas festivas polka y galop y caleseras acompañadas, para el mejor efecto, de chasquidos de látigo y del sonar de unos cascabelitos que el pianista se pone en las muñecas y del arbitrio de un periódico metido entre las cuerdas del piano porque así semeje á una pandereta?...

Creo que todos lo han visto ya: hay mucho cursi en la composición; sólo que unas cosas lo son sin parecerlo, y las menos son las que lo parecen desde el primer momento. No quiero seguir; cada uno aplique á lo que vea estos ejemplares ó paradigmas, y juzgará sin riesgo de error.

Con lo cual, y cortando la discreta aplicación que de ello habrá ido haciendo el lector, debería acabar el capítulo presente; pero me viene un recuerdo tan al propósito que, á lo menos sumariamente, quiero poner como remate de esta materia, y es lo que concierne á la literatura musical, tomando esta palabra, no por el conjunto bibliológico de las obras de música, mas por la parte que las letras han tomado en algunas composiciones del divino arte, ora en concepto de coadiutores y acompañantes, ya como explicación, examen ó crítica de aquéllas.

Así diré, en primer lugar, que los libros y argumentos de óperas, operetas, zarzuelas y melodramas, como los versos hechos para cantados con determinadas obras ligeras, *romanzas, meditaciones, recitados, walses y polkas*, son bastante malos, lo cual á nadie creo asuste, aun dicho así, de pronto. No sé en qué se las ven los que abogan por que se ponga letra española á las óperas que se cantan en el teatro Real de España, pues creo firmemente que, gracias al pudoroso embozo del italiano y á la pésima pronunciación de casi todos los cantantes, pasan por alto los disparates literarios que contienen esos llamados *librettos*, hilvanados por cualquiera sin más noción de poesía y métrica que las necesidades tónicas del *andante* ó del *allegro*, que tienen como falsilla tirana de su numen asalariado.

No quiero entrar en la explicación de los horrores históricos patrocinados por los argumentistas, ni las majaderías poéticas con que se hallan bordados sus versos, pues nada tiene de extraño que

un tal Cammarano y otros Giraldoni y Romani, gentes desconocidas en literatura é intensas y sin ilustración científica, hagan esos y otros mayores desaguisados. No quiero recordar cómo Juana de Arco es en la obra de Verdi impiamente mentida suplantando á la poética niña, sencilla y rústica que salva su patria por inspiraciones divinas, por un marimacho que hace todo aquello movida por violenta pasión amorosa hacia el Delfín de Francia. No quiero hablar de cómo se ha escrito la historia de nuestra gloriosa casa de Austria en el *Don Carlo*, ni cómo se juzga á la Iglesia Romana en los argumentos de *Hugonotes* y *Profeta*. Me basta y me sobra con que se vea la índole industrial del género pseudo-literario que toco ahora, para convencer á todos del gran elemento de cursería que late en lo hondo de sus creaciones. La verdad y la belleza son lo mínimo en la ópera; lo importante es que todo bicho viviente que salga á escena tenga algo que cantar, porque para eso pagan, y que, convenga ó no á la claridad de la exposición ó de la intriga, no haya más ni menos versos que los precisos para tres actos ó cuatro.

Y, en fin, que con acercarse á las elegantes cubiertas cromotipográficas de esas otras obras de salón citadas en segunda línea y ver el título *Vorrei morire... ¿Te acuerdas?* ó los más breves y patéticos *¡No!* y *¡Ah!*..., basta para sentirse y palparse el hombre cuerdo y saber que está de patitas en el género tonto, sin que falte otra cosa para la consumación de la cursería que la niña boba que canta aquellos *spartitos* á grito pelado sin saber lo que se dice y acompañando con aspavientos y ojos lánguidos los gorgoritos que salen furiosos de sus labios rojos por el esfuerzo muscular y la pintura barata.

Muy de momento sería el que tocase esotra literatura música escrita en los periódicos y revistas cuando estas publicaciones meten su hoz en la crítica de obras armónicas; mas como dentro de la sección propiamente literaria he de tratar en especial la periodística donde se verán estas y otras cosas, quiero aquí cerrar este conservatorio de cursis para socorrer á tantas materias como aun hay que especular.

Sólo me resta acallar un escrúpulo y prevenir una objeción. Si, llegado á este punto, oh lector y mi paciente amigo, dejasen estas razones cierto escozor en tus aficiones musicales por creer que estás envuelto en el mal humor de mis sentencias pasadas; si, tomando el todo por la parte, infirieses de lo dicho que ni uno solo de los aficionados escapaba de la cursería y que en este arte nobilísimo de la música no se dan otros matices intermedios en-



tre el genio y la vulgaridad, diré en bien tuyo y descargo de mi ánimo, que no me has entendido.

En estas haciendas, como en todas las humanas, hay lo bueno y lo malo y lo mediano, y no sólo es músico quien tiene ese oficio para su comer, que hay aficionados muy más entendidos que la mayor parte de los músicos de carrera. Si, pues, ganas tu vida cantando ó tañendo, sin más pretensiones, sumiso discípulo de buenos maestros y no buscando tres pies al gato de la novedad chirle, no tengas cuidado que nadie te moteje con verdad; vive muchos años, violín al brazo, por los coros de las iglesias y por las orquestas de los teatros, y el Señor te acreciente los medios del vivir y te deje criar muchos hijos que hagan las mismas ó parecidas cosas, que son bien honradas y dignas de estimación. Si eres hombre de tal suposición y rentas que no hayas menester el sudor sacado de tus sienes para llevar á rastras la existencia, y consagras al arte divino unas horas sobradas y por matar ocios y ahorrar pecados sueles con tus amigos leer música ó ya te haces oír en casa de tus próximos ó deudos á la buena de Dios y con el verdadero desinterés de las almas de artista, no temas ser llamado cursi, pues ya llegues á las más altas obras ó ya te quedes en los principios del arte, nada obrarán tus manos que no sea cosa laudable.

Si, príncipe ó magnate ú opulento varón, protejes los artistas, dotas las escuelas públicas, admities en tu casa magnífica á las gentes del arte y respetas al genio aunque nazca pobre, sin creer como Nerón que tu grandeza te da derecho á escalar en la música un puesto igual al que te otorga la sociedad civil, vive tranquilo entre las bendiciones de tus protegidos y no temas la crítica, que nunca la hubo en la historia para Médicis ni Mecenas.

Cultiva la sencillez, no toques el piano sólo porque sea moda, ni hagas á tu hijas cantar contra viento y marea, aunque tengan voces ingratas; huye la exhibición y el bombo y evita á todo trance el que á tu ingenio, sea poco ó mucho, se le vea algo de industria, que esto es la gran carcoma del arte, lo que le tuerce y malea y, por los clavos de Cristo, no quieras ser artista si no te sale de adentro, pues ya dijo un pintor aragonés del tiempo viejo, aquel gran preceptista Jusepe Martínez, que *el que mira cosas de arte sin él, aunque tenga ojos y vista no mira bien, porque mira atravesado*.

M. BASELGA Y RAMÍREZ.

FRANCISCO BAYÉU

D. José Luján no fué un gran artista, de los que dejan impreso eternamente su nombre en la historia de la humanidad, pero fué un afortunado maestro. De entre sus discípulos, salieron pintores que más tarde habían de ser solicitados por los reyes y encomiados por la crítica. Goya y Bayéu bastan para crear la reputación de quien supo encaminarlos por el sendero de la gloria.

Algo muy estimable habría en las enseñanzas de Luján, cuando no sólo formaba artistas sino que de tal manera los adiestraba que salían de su estudio cada cual con temperamento distinto, sin influirse unos á otros, libres de estrechos dogmas y buscando por diversos procedimientos el ideal de la belleza. Además, esa independencia soberbia no era obstáculo para que todos dominasen las reglas fundamentales, necesarias á la práctica del arte.

Se le ha reconocido á Goya, sin distinguos, su carácter libre é independiente, pues que en sus obras se muestra de manera indudable, pero á Bayéu ya no se le juzga tan unánimemente y es muy común asegurar que no tuvo nunca rasgos propios, habiéndose sometido con humildad á las tendencias serviles de su tiempo.

No se han parado aquí los detractores de Bayéu. Como ya dijimos en otra ocasión, hubo crítico que no vaciló en calificarlo de pintor malo entre los malos, juicio cuyo absoluto radicalismo indica cuán débil es su fundamento. Hoy está fuera de duda que Francisco Bayéu, si bien no señaló una época en el desenvolvimiento del arte, ni tampoco creó una tendencia nueva, fué sin embargo, un representante dignísimo de aquella escuela que dejó grandes y meritorias obras, á pesar de sus errores.

Las corrientes decorativas que influían á casi todos los pintores de mediados del siglo XVIII, arrastraron á Bayéu, quien no

tuvo como Goya el valor heroico de resistir la violencia del empuje, y dejándose llevar de las exigencias de su tiempo, hizo como González Velázquez, como Maella y como tantos otros artistas: pintar apresuradamente grandes cuadros de aparatosas y complicadas composiciones, infiltrados de un idealismo falso y convencional, á los cuales se intentaba dar majestad y grandeza, amontonando figuras y figuras, tomando los asuntos de las más abstractas regiones, llenando así, de líneas y colores, muros inmensos que mareaban sin impresionar, que confundían sin dejar huella alguna en el espíritu.

Fueron bautizados esta clase de artistas con el gráfico sobrenombre de *maquinistas*: esto es, pintores que por haber prescindido de la observación directa é inmediata de la Naturaleza, creaban á su capricho, obedeciendo tan sólo á fórmulas limitadas y trabajando en la confección de sus lienzos mecánicamente, como obreros pagados á destajo.

Es cierto que Bayéu adoleció de todos estos defectos, comunes á su escuela, pero hay en él una circunstancia que le aparta de



Boceto original de D. Francisco Bayéu

(Propiedad de D. Mariano Codin.)

sus compañeros y le hace merecedor de especial estudio. Bayéu cayó contra su voluntad y contra su temperamento en las tendencias de moda. El maestro Luján respetó las inclinaciones del discípulo y éstas eran muy originales, sin pecar por ningún concepto de vulgaridad, cuando nuestro artista salió de Zaragoza. El trabajo que le valió un premio extraordinario de la Academia de

Bellas-Artes de San Fernando, fué justamente admirado hasta el punto de que todos sus competidores se retiraron del concurso en cuanto conocieron la obra del pintor aragonés que ostentaba un sello de marcada novedad. Este carácter exclusivo se vé en muchas obras de Bayéu, aun después de acomodarse al gusto imperante.

Las reproducciones que ofrecemos en estas páginas á nuestros lectores ponen de manifiesto esa contra-figura que presenta Bayéu cuando se le sorprende sin afeites ni fingimientos, en la espontaneidad de los primeros trazos hechos ingenuamente. En estos bocetos se adivina que Bayéu buscaba lo sencillo; que sabía recordar el natural y expresarlo sin falsos alardes; que á veces, para olvidar los acostumbrados trabajos llenos de amaneramiento teatral, se entretiene trazando composiciones ligeras, humorísticas, no exentas de gracioso desenfado, que recuerdan vagamente obras análogas de Goya.

En dos dibujos de los que presentamos, se advierte con claridad ese aspecto de nuestro artista, que se ha tenido muy poco en cuenta. Son dos documentos que dicen mucho y pueden tener gran importancia para completar el estudio de Bayéu, apenas iniciado, como sucede con la inmensa mayoría de los artistas españoles.



Boceto original de D. Francisco Bayéu

(Propiedad de D. Mariano Codín.)



Boceto original de D. Francisco Bayeu

(Propiedad de D. Mariano Codin.)

Contemplando estos bocetos recordamos una frase de Madrazo que confirma nuestra opinión. Dice el expresado crítico en uno de sus libros más notables, que Francisco Bayeu era un ángel caído del cielo del arte para renunciar á su poderoso personalismo y esclavizarse á un estilo contra el cual protestaban en vano todas sus cualidades naturales.

Además del carácter genuino de Bayeu se aprecian, en los bocetos reproducidos, todas las buenas cualidades comunes á los artistas de la escuela pseudo-clásica. Desde luego, la manera especial de confeccionar sus obras tenía que dotarles de una extrema facilidad. Eran fecundos necesariamente y con el continuo correr de sus lápices adquirieron el hábito admirable de la soltura y el dominio de la técnica. Sorprende la rapidez con que componen y agrupan las figuras, prescindiendo de la verdad, pero ideando siempre nuevas y estupendas combinaciones. El amor servil á la forma clásica hace que olviden el alma y la vida de las cosas, pero les obliga á ser correctos y ajustados.

Bayeu cuenta en su favor el grado sumo de bondad que podía pedírseles á los pintores de su época y sin duda muy pocos le ga-

naron á fecundo. Fuera de su tierra dejó numerosas obras, en el claustro bajo de la Catedral de Toledo, en el Palacio Real, en los del Pardo y Aranjuez y en las iglesias de la Encarnación, San Francisco y San Ildefonso, de Madrid. Dentro de Aragón, además de sus conocidos frescos del Pilar, pintó muchos cuadros para las iglesias de Santa Engracia, San Felipe, Nuestra Señora de Gracia y San Ildefonso, para casi todas las Cartujas y para la parroquial de Pedrola.

En sus cuadros pequeños, donde Bayéu no sentía tanto el influjo de aquella escuela escenográfica, brillan con mayor esplendidez sus excelentes cualidades, malogradas por causas puramente externas.

Puede asegurarse que el centralismo trastornó á Bayéu. Quizá sin haber salido de Aragón hubiera desenvuelto sus facultades libremente, siendo un pintor aleccionado, tan sólo, por la Naturaleza y la experiencia, pero su destino le marcó otros rumbos. Fué á Madrid con una pensión ganada á fuerza de méritos y allí, bajo las enseñanzas de González Velázquez, artista extravagante y barroco, torciéronse sus impulsos. Aun pudo moverse entonces en una esfera de cierta amplitud, porque las inspiraciones de Corra-



Boceto original de D. Francisco Bayéu

(Propiedad de D. Mariano Codina)

do, el pintor napolitano, no carecían de grandeza, ni desdeñaban el natural, si bien estudiándolo con cierto sensualismo deslumbrador.

Por desgracia, Corrado, el maestro que imponía su criterio, merced á la preferencia de los reyes marchó á Nápoles cuando Bayéu comenzaba á crearse su reputación, y vino Mengs con sus



Boceto original de D. Francisco Bayéu

(Propiedad de D. Mariano Codín.)

teorías secas y desabridas, que mataron la espontaneidad de casi todos los artistas sometidos á su férula.

Ceán Bermúdez en su famoso diccionario dice con inocencia boba: “Es increíble lo que adelantó Bayéu con los sabios preceptos de Mengs....” Es cierto, sí, adelantó como adelantan los discípulos de un maestro tonto, siguiéndole hasta ponerse al nivel de la magistral tontería.

J. VALENZUELA LA ROSA.

NOTAS

La Sociedad nacional de Bellas Artes de París, inauguró, no hace muchos días, su exposición anual. Este acontecimiento reviste extraordinaria importancia para los artistas de casi todo el mundo, pues se considera un grande honor, tan sólo ser admitido en el concurso.

El arte español ha tenido representación brillantísima con pintores como Zuloaga, Rusiñol, Graner y Casas, que han despertado el entusiasmo de los franceses. Sobre todo, Ignacio Zuloaga, que sufrió el desprecio de sus compatriotas, se ha puesto hoy al nivel de los más ilustres maestros.

No es fácil señalar la característica de este certamen, juzgando por lo que de él cuentan los críticos. Sólo se adivina, á través de los comentarios conocidos, que no se ha presentado obra alguna de las que marcan el nacimiento de una nueva escuela. Tampoco existe predominio absoluto de tendencias determinadas, marchando los artistas por rutas independientes sin cuidarse poco ni mucho del vecino.

De análogos defectos se resiente la crítica. Será verdad que los pintores repiten imperturbables el eterno cuadro, pero también es cierto que los literatos contestan con el obligado artículo atendiendo á sus preocupaciones ó á sus teorías, rancias las unas, y excesivamente modernistas las otras.

Hasta que lleguen los grandes hombres que realicen la labor sintética, por tanto tiempo esperada, continuamos sin saber á qué atenernos.

Entretanto el mundo avanza.—(J. V.)

*
* * *

Quizá el éxito de la exposición femenina, unido al desarrollo creciente de las aficiones artísticas en el sexo débil, haya influido sobre el ánimo del ministro francés de Bellas-Artes para dictar una disposición justa y que desde hace mucho tiempo demandaba la opinión imparcial, con insistencia.

La orden del ministro se reduce á consentir que las mujeres puedan tomar parte en los ejercicios de oposición á las pensiones para el extranjero. Resultaba verdaderamente ridículo que artistas de gran porvenir tuvieran que renunciar á la protección del Estado, tan sólo por razones fisiológicas que nada tienen que ver con el arte.

En igual caso estamos en España y hora es de que se destierren viejas rutinas desprovistas de fundamento serio.—(J. V.)



EL ESCOLASTICISMO EN BÉLGICA

En pocos países ha progresado tanto el renacimiento neo-escolástico como en Bélgica.

Adelantándose á los consejos de la Encíclica *Aeterni Patris*, el dominico P. Lepidi, prefecto de estudios en el colegio de la Inmaculada Concepción de Lovaina, no sólo impugnaba valientemente las arbitrariedades de los ontologistas sobre la visión en Dios de las verdades universales, y rectificaba las interpretaciones violentas que éstos hacían de algunos pasajes de Santo Tomás y San Agustín, sino que en sus *Elementa philosophiae christianae* (1875-1879), presentaba con claridad y método las doctrinas escolásticas concernientes á la lógica y ontología. Nombrado después profesor de la Minerva en Roma, continuó dando pruebas de su entusiasmo por la Escuela en sus *Opuscules philosophiques*, traducidos del italiano por E. Vignon (París, 1900).

Contemporáneo del P. Lepidi, el abate Van Weddingen empezó brillantemente su carrera científica con una memoria: *Essai critique sur la philosophie de S. Anselme* (1875), que fué premiada por la R. A. de Bruselas. Comprende dicha Memoria: la dialéctica de San Anselmo, su metafísica general é ideología, la naturaleza de la sustancia física, la teodicea y las relaciones entre la filosofía y la teología.

Dejando á un lado su "Apologetica", que traducida por el

obispo Gialdini tuvo gran aceptación en la Universidad Gregoriana (1), y sus comentarios á la Encíclica *Aeterni Patris* señalando los rumbos que debe seguir la restauración de la filosofía cristiana, nos fijaremos en su obra extensísima, cerca de 900 páginas en 4.º, *Essai d' introduction á l' étude de la philosophie* (Bruxelles, 1889). En ella estudia la cuestión, que tanto ha preocupado á partir de la crítica de Kant, sobre “las bases de la objetividad del conocimiento en el dominio de la espontaneidad y de la reflexión.. Según Van Weddingen, los fenómenos de conciencia son el punto de partida y como el eje central á donde convergen las percepciones sensibles y los procesos más complicados de la investigación filosófica. Por la conciencia del yo adquirimos la idea de una realidad existente, la idea de ser; pero éste es inconcebible si no se le supone determinado por sus propiedades y por su naturaleza. Y como todo lo que pensamos, lo pensamos bajo la forma de ser, resulta que el principio de “determinación interna.. constituye la ley fundamental del espíritu y el requisito indispensable de todo conocimiento. Expresión de esa ley vienen á ser los principios de identidad y de contradicción y el principio del orden ó de la síntesis orgánica de las actividades específicas é individuales del ser; pero que aquéllos se aplican preferentemente al orden lógico, y éste al orden dinámico ó de la naturaleza. La ley de determinación interna es el motivo supremo de la objetividad de los conocimientos empíricos, porque si pudiera haber conflicto constante entre las cualidades de las cosas exteriores y los informes que de ellas obtenemos por los sentidos y la conciencia, sería imposible librarnos de los peligros que ofrece la vida de relación con el mundo exterior. La objetividad de las leyes de la naturaleza puede comprobarse por la experiencia. Los principios necesarios y universales de la razón expresan los aspectos generalísimos de las cosas, y ésto, unido á la evidencia avasalladora con que se imponen á nuestro espíritu, constituye una prueba irrecusable de su objetividad.

Tal es en resumen la solución que Van Weddingen da al problema crítico del conocimiento, solución que él ha procurado contrastar con todas las opiniones de los filósofos contemporáneos, á quienes ha leído y estudiado muy á fondo y con un espíritu altamente conciliador. No es Van Weddingen del número de aquellos filósofos que se proponen exclusivamente restaurar el pensa-

(1) Así lo dice Picavet en la *Revue philosophique*, mars 1892.

miento medieval sin rectificaciones ni enmiendas, sino de los que aspiran á completarlo y modernizarlo.

Aparte de los dos filósofos precedentes y de algunos otros menos conocidos, hallamos en Bélgica dos centros de enseñanza, en los cuales el cultivo de la filosofía escolástica ha dado abundantes y escogidos frutos. El colegio "máximo," de los PP. Jesuítas y la Universidad católica de Lovaina han trabajado con tal ahinco por la restauración y propaganda de la filosofía tomista, que á ellos se debe en gran parte la resonancia y el prestigio que en estos últimos años ha logrado esta dirección filosófica.

La obra en que el P. *Van der Aa* resumía sus lecciones de cátedra, halló tan favorable acogida en las escuelas de Bélgica, Francia, España y los Estados Unidos, que se agotó inmediatamente la primera edición. Sin ser una obra magistral, el citado jesuita es tan escrupuloso en el plan y exposición de las materias, que casi raya en los límites de la exageración, y por el afán de las divisiones y subdivisiones, resulta complicado su *Praelectionum Philosophiae scholasticae brevis conspectus* (2.^a edic., 1888). En cuanto á la doctrina, el P. *Van der Aa* es rigurosamente escolástico. En lógica se advierte el influjo de Tongiorgi, cuya teoría de las tres verdades admite como solución del problema crítico, examina el cálculo de probabilidades y trata de la inducción, pero sin darle la importancia que merece, puesto que se empeña en identificarla con el silogismo (1).

No un compendio sino un tratado completísimo de cosmología es la obra del P. *De San* (*Praelectiones metaphysicae specialis*. Tomo I, *Cosmologia*, Lovanii, 1881), que puede reputarse como el estudio más serio y personal dentro de la dirección escolástica. Ya en las primeras páginas en donde expone los sistemas panteístas, se advierte que el P. *De San* no es de los que impugnan las opiniones de los demás sin haberlas leído en sus obras; él ha estudiado á conciencia los escritos de Spinoza, Fichte, Schelling, Hegel, etc., por eso su crítica es verdaderamente objetiva, como suele decirse. El capítulo que consagra al estudio de la naturaleza de los cuerpos es muy interesante, ya por el plan rigurosamente científico, ya porque á los argumentos triviales fundados en la naturaleza de la mutación sustancial, precede un resumen de las leyes químicas que más relación pueden tener con la cuestión,

(1) Es digna de notarse, por lo infantil, la definición que da de la locura: *omnium vigilantis permanens et invencibile*.

para deducir de ellas una confirmación de la teoría escolástica. Esta tendencia á aproximar las conclusiones de la cosmología con los datos de las ciencias físico-químicas se advierte en los restantes capítulos de la obra, principalmente en el que trata de la actividad de los cuerpos.

Algunos años más tarde empezó el P. *Lahousse* á publicar sus *Praelectiones* de filosofía escolástica (1), que forman un curso de más de dos mil páginas de impresión. Es menos original y sólido en sus razonamientos que el P. De San, y mucho menos enterado del movimiento filosófico contemporáneo (2); así vemos que atribuye á los positivistas la afirmación de que por los métodos inductivos no puede conocerse ninguna ley física con certeza. Tampoco nos parece muy lógico el orden con que resuelve el problema crítico, puesto que empieza demostrando la existencia de los cuerpos y después la objetividad de las sensaciones, cuando parece que debiera haber seguido un orden inverso. Sostiene que la percepción sensible es inmediata en las sensaciones de la vista y del tacto, pero cree que los demás sentidos sólo perciben las modificaciones orgánicas. En las cuestiones escolásticas acerca de la distinción real entre la esencia y la existencia y entre los sentidos internos se inclina del lado de Suarez, así como también es defensor de la ciencia media y del concurso simultáneo.

Muy otra ha sido la labor del P. *Castelein* en su *Cours de philosophie*. I. *Logique* (Namur, 1887).—II. *Psychologie* (ibid, 1889). En el primer volumen que es muy extenso, más de 500 páginas, al lado de las materias peculiares de la lógica escolástica, trata de la inducción, de la hipótesis y de los métodos experimentales. En el segundo, tras una exposición sumaria de la psicología escolástica, detiénese en confrontar ésta con los datos de la fisiología contemporánea. Esto último, que el P. Castelein considera como una parte accesoria de su trabajo es, á mi juicio, lo más interesante. Comprende los puntos siguientes: 1.º, estudio de los órganos y de sus funciones; 2.º, examen de los modernos descubrimientos de la fisiología, para demostrar que éstos, lejos de favorecer al materialismo, confirman la doctrina psicológica de la Escuela; 3.º, la psicología escolástica y el hipnotismo. En este punto sostiene el Padre jesuita que la práctica del hipnotismo no

(1) *Praelectiones Logicae et ontologicae* (Lovanii, 1887).—*Metaphysicae specialis* (1888). Posteriormente en 1892 publicó un manual de filosofía para uso de los Seminarios, con el título de *Summa phil. ad mentem Sth. Tiome*.

(2) No ocurre lo mismo en su tratado teológico de *De vera religione* (Lovanii, 1897).—En él discute muy á fondo algunos de los problemas planteados por los racionalistas que se ocupan en historia de las religiones.

es en sí una cosa mala que Dios haya confiado á la acción y dirección del espíritu malo. Creer esto, dice, sería una superstición.

En la Universidad de Lovaina, si bien algunos profesores de filosofía, como Laforet, Ubaghs, etc., acariciaban las doctrinas del tradicionalismo y ontologismo, otros, en cambio, poniéndose en frente de esas tendencias trabajaban por restaurar la filosofía escolástica.

A este número pertenecen *Dupont* (1836), *Bossu* (1837) y *Fernando Lefebvre* (1821).

El primero, profesor de teología, escribió una teodicea en la cual, huyendo del ontologismo tan en boga por aquel entonces, rechaza la demostración de la existencia de Dios por las ideas necesarias, el argumento de San Anselmo y la prueba psicológica de Descartes. En las teorías de la ciencia media y del concurso divino á la acción de las causas segundas, sigue la escuela de los jesuitas. La tendencia de oposición al ontologismo manifiéstase principalmente en su *Ontologie* (1875), puesto que dedica capítulos enteros á la refutación de las opiniones de Rosmini sobre la idea de ser, y de Sans-Field y demás ontólogos sobre el origen de la idea de infinito. Presenta Dupont la materia correspondiente á la metafísica general dividida en cuatro partes: el ser y sus propiedades, las categorías ontológicas (que reduce á cuatro, sustancia, cualidad, cantidad y relación), las causas y discusión de las teorías modernas sobre este asunto y, por último, trata de la perfección del ente.

Aunque Bossu no es un perfecto escolástico ni en su método ni en la solución de algunas cuestiones de escasa importancia, tampoco se le puede contar en el número de los ontologistas ó tradicionalistas, puesto que en los puntos capitales de su *Sommaire de philosophie*, se acomoda al criterio de la Escuela.

Por último, Lefebvre, profesor de filosofía en el Instituto de San Luis de Bruselas y después en Lovaina, se ha distinguido principalmente por su tratado de Lógica. No es éste una mera exposición de la teoría del silogismo, sino que su autor ha procurado ampliar el marco de la lógica aristotélica utilizando las modernas investigaciones de Stuart Mill acerca de los métodos experimentales, y el interesante trabajo de Naville acerca de la hipótesis. En cuanto á las relaciones entre la inducción y el silogismo, sostiene que estos dos procedimientos de la razón humana se completan mutuamente. Por la inducción obtenemos las proposiciones universales que emplea el silogismo, y éste á su vez sirve

para comprobar, por aplicación á los casos particulares, las leyes que aquélla descubre. En la parte crítica es muy superior á la inmensa mayoría de los manuales escolásticos, siendo de notar el concienzudo examen que ha hecho Lefebvre de las doctrinas de Descartes, del subjetivismo de Kant y de las afirmaciones positivistas.

Finalmente, en estos últimos años el abate *Luis Du Roussaux*, profesor en el Instituto de San Luis de Bruselas, ha publicado unos *Eléments de logique* (Bruxelles, 1894) que, por su claridad, precisión y método pueden competir con cualquier manual de lógica. La Lógica es la ciencia de las relaciones fundamentales del pensamiento con la verdad. Comprende dos partes: la Dialéctica, que estudia las leyes de la verdad formal, la conformidad del pensamiento consigo mismo, y la Crítica que estudia las leyes de la verdad real, ó sea la conformidad del pensamiento con las cosas.

La dialéctica ó lógica formal, en armonía con el trabajo del pensamiento, comprende las formas deductivas, que son las formas de la razón abstracta, las formas inductivas, que son las de la experiencia (observación, interpretación, inducción, hipótesis y analogía) y las formas científicas, que dan al pensamiento su organización definitiva (definición, división, demostración y método). Siguiendo este orden de materias, Roussaux estudia en la crítica ó lógica real la legitimidad de la razón, la legitimidad de la experiencia y la legitimidad de la ciencia.

A esta sencillez de plan hay que añadir la sorprendente habilidad con que Roussaux sabe compendiar la doctrina sin pecar de oscuro ni de superficial. El manual de este reputado maestro es un verdadero modelo.

Con ser de innegable trascendencia para el escolasticismo la brillante labor de todos estos filósofos belgas, no puede compararse, sin embargo, con el vigoroso impulso que ha sabido dar á la filosofía católica, Mgr. Mercier, director del Instituto filosófico de Lovaina. Este pensador eminente, además de señalar nuevos derroteros al pensamiento filosófico, ha logrado reunir en torno suyo una pléyade brillantísima de pensadores ilustres que, animados del mismo espíritu y orientados en la misma dirección, trabajan para dar nueva savia al escolasticismo medieval.

De ellos hablaremos en el artículo siguiente.

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO.

LA FILOSOFÍA EN LOS ESTADOS UNIDOS

II

Período colonial (1607-1765)

Hasta el comienzo del siglo XVIII puede decirse que no ha existido en América sociedad debidamente organizada. Hasta entonces los esfuerzos de la lucha por la existencia contra el suelo, el clima y otros obstáculos habían absorbido la energía de los primeros colonos. El *Credo* de su vida práctica se resumía en esta máxima: "Trabajar y orar.". En posesión de la Biblia, teniendo de un lado á la Iglesia y á la Escuela que les guiase, y de otro solicitados por el problema de la vida material, sentían poca inclinación hacia la cultura filosófica.

Sin embargo, el *período colonial* no estuvo desprovisto de poder y de originalidad intelectuales; precisamente al fin de esta época aparecieron tres maestros célebres en todo el mundo: Jonathan Edwards en metafísica, Benjamín Franklin en las ciencias y Benjamín West en las artes.

Jonathan Edwards fué el primero y quizá el más grande de los filósofos americanos; en él se contiene y está expresada toda la filosofía de América durante el período colonial, porque sus obras y las de sus discípulos ó adversarios componen toda la literatura filosófica, ó mejor, teológico-filosófica de la época.

Aunque á Jonathan Edwards no lo podamos separar de su medio social, y sea verdad que quien desee comprender la significación del movimiento intelectual subsiguiente en la Nueva Inglaterra, debe empezar por hacer de él objeto preferente de su estudio, no es menos cierto que el mismo no puede ser bien comprendido con independencia de sus antecedentes y de su medio.

Por esto es antes necesaria una relación, siquiera brevísima, de los progresos de la cultura literaria en el seno de las colonias americanas, que facilite la inteligencia del movimiento filosófico en esta época y en la siguiente.

Podemos distinguir entre las colonias inglesas de la América del Norte, dos centros y como dos focos hacia los cuales convergen todos los demás: al Sur la Virginia, al Norte la Nueva Inglaterra.

La Virginia fué por mucho tiempo un lugar de desarrollo intelectual y de cultura literaria muy limitados. Durante sus primeros años no recibió más que vagabundos y aventureros más ó menos equívocos; esto explica que en las tres primeras generaciones la pobreza literaria de la Virginia fuese muy grande. Casi no se veía una escuela por ninguna parte. En 1715 el gobernador Spottswood disolvía la asamblea colonial alegando como razón que no había entre sus miembros "quien supiese la ortografía inglesa ó pudiese escribir en un lenguaje inteligible..".

Hasta 1681 no se hizo la primera tentativa para establecer en el país una imprenta. En 1683 el uso de ésta fué completamente prohibido, prohibición que subsistió hasta 1729. Diez años antes de la declaración de la independencia, no había más que una prensa en uso en toda la Virginia.

Por otra parte el espíritu de intolerancia de sus habitantes tendía á restringir y paralizar el vuelo del pensamiento, impidiendo desde el principio ese cambio de ideas del cual puede nacer en una sociedad la vida intelectual.

En realidad, la Virginia no empezó á dar señales de vida literaria hasta 1685, merced á los esfuerzos del escocés James Blair, quien no sólo consiguió que se abriesen multitud de escuelas primarias en el país, sino que también excitó el amor propio de los Virginianos para que fundasen un colegio que llevaría los nombres de los dos soberanos reinantes "William et Mary..". Él mismo fué á Inglaterra á pedir el diploma de erección, y el nuevo colegio se inauguró solemnemente en 1700.

En muy distintas condiciones, respecto al movimiento intelectual, se encontraba por este mismo tiempo la Nueva Inglaterra.

En 1620, trece años después de la fundación oficial de la colonia Virginia, los primeros puritanos, esos hombres austeros, partidarios de los hechos "tales como debían ser..", y no de los hechos "tales como son..", desembarcaban en la rada de Plymouth; éstos eran los "Pilgrim Fathers..", (los padres peregrinos), el tronco de la futura raza *yankee*.

Nadie desconoce el origen de esta secta. Del seno del protestantismo inglés surgió una minoría enérgica que consideraba deficiente la obra de la Reforma y reclamaba para el culto oficial una depuración más completa. Siendo estos hombres objeto de la hostilidad y persecuciones del gobierno, pasó en 1608, un buen número de ellos en busca de un medio social más hospitalario, de Inglaterra á Holanda, y después de doce años, una fracción de esta comunidad primitiva iba á través del Océano á echar los fundamentos de la *Nueva Inglaterra*.

Llevaron consigo lo que constituía el resorté de estas almas enérgicas, un espíritu *clerical* fundado en los más rígidos principios de un calvinismo intransigente. De estos principios y de este espíritu nacieron los primeros frutos del pensamiento filosófico en el nuevo Continente.

Una prueba de lo generalizada que estaba la instrucción entre los habitantes de esta nueva colonia es que, de 1630 á 1690, había en la Nueva Inglaterra tantos graduados en Oxford y en Cambridge como hubieran podido contarse en un grupo de población igualmente numeroso de la madre patria.

En una sociedad compuesta de personas tan enérgicas y relativamente tan ilustradas, era natural que la instrucción estuviese muy honrada, considerándola como una necesidad universal. Desde 1649, en todos los establecimientos habitados por ellos, la instrucción era obligatoria, y desde 1636, espontáneamente, con dones debidos á la generosidad particular y sin ningún auxilio de la metrópoli, se habían recogido los fondos necesarios para la creación de un colegio.

Este fué abierto primero en Newtown, hoy Cambridge, con una dotación de *cien* libras esterlinas. Dos años más tarde, un joven *clergyman* de Charlestown, *James Harvard*, añadió á este fondo primitivo una cantidad de 800 libras; más adelante el colegio tomó el nombre de este nuevo bienhechor, siendo hoy la famosa universidad de Harvard una de las instituciones más influyentes y más reputadas de la república americana.

Entretanto, permanecían indiferentes á todo movimiento intelectual los futuros Estados de New-York y de New-Jersey.

En cuanto á la Pensylvania, fué la más notable de las colonias americanas después del grupo de la Nueva Inglaterra. Como esta última, debía su origen á una secta y á una inspiración religiosa, la de los *Quákeros*.

En la Nueva Inglaterra, entre los ministros del culto y en los colegios, es donde se ve nacer, de la teología calvinista, las pri-

meras manifestaciones de la especulación filosófica. Se conservan los nombres de las personalidades más salientes entre estos ministros puritanos de la Nueva Inglaterra, cuya influencia contribuyó poderosamente á la formación de las tradiciones y del carácter de que ha vivido desde entonces la raza *yankee*.

En 1631, John Eliot, graduado en la Universidad de Cambridge, desembarcaba en Boston, y persuadido de que las naciones indias de la América del Norte no eran otra cosa que las diez tribus de Israel dispersas después de la destrucción del reino de Samaria por Salmanasar, iba á consagrarse á su evangelización.

En 1639 nació en Dorchester, Increase Mather, que heredó de su padre una "irresistible propensión," á escribir libros. Habiendo ingresado en el colegio Harvard á la edad de doce años, llamó la atención por el vigor con que en una argumentación pública se *volvía* contra Aristóteles.

Su hijo Cotton Mather, que nació en 1663, la figura más importante de la época después de Franklin y de Edwards, heredó las aficiones de su padre: se cuentan 382 escritos salidos de su pluma. Su principal obra es la titulada *Magnalia Christi Americana* (1701). Fué siempre partidario de la teología calvinista bajo su forma rígida, y también como su padre manifestó una animosidad especial contra Aristóteles.

Samuel Mather, hijo del anterior, fué respetado como un hombre famoso por su dignidad y su instrucción.

Merece ser citado también Roger Williams, uno de los más notables de los ministros puritanos. Miembro en un principio de la Iglesia anglicana, se hizo después no-conformista y pasó á América en 1630. Al cabo de medio siglo la actividad literaria dejó de ser patrimonio exclusivo del clero. En la última década del siglo xvii, se intentó, pero sin resultado, la fundación de un periódico: el *Public Occurrence*, cuyo primer y único número apareció en 1690. Mejor suerte tuvo el que empezó á publicarse en 1713 con el nombre de *Boston Gazette*. Mucho antes de la Independencia el periodismo era ya una profesión.

Falta para completar el cuadro del medio en que se desenvolvió la actividad intelectual de Jonathan Edwards, decir alguna palabra de esos *colegios*, base de las futuras universidades, donde se han formado todos los grandes hombres de la América.

El colegio de *Harvard*, que hemos citado antes, fué el primero que se abrió en los Estados Unidos.

Merece también nuestra atención el de *Yale*, donde estudió Jonatham Edwards. En 1700 se reunieron en New-Haven algunos

ministros de Connecticut para deliberar sobre la fundación de un colegio en la colonia. La cuestión era delicada; era necesario obtener una carta real y no despertar en Europa susceptibilidades que pudieran comprometer los privilegios hasta de la misma colonia. En el mismo año tuvo lugar una segunda conferencia en Brandford, y aquí fué acordada la fundación é inaugurada con la donación de unos cuarenta volúmenes para la biblioteca del futuro colegio. Cada uno de los reunidos, al colocar su paquete sobre la mesa, repetía la fórmula: "Doy estos libros para la fundación de un colegio en la colonia.,,

Antes de 1765, fecha en que termina el período colonial, había en los Estados Unidos siete colegios: *Harvard*, fundado en 1636; el colegio de *William et Mary* (Virginia), en 1693; el colegio de *Yale* (Connecticut), en 1700; *Nassau Hall* (*Princeton*, New-Jersey), en 1746; *King's College* (*Columbia*, en New-York), 1754; el colegio de *Filadelfia*, en 1755, y el colegio de *Rhode-Island*, en 1764.

Estos colegios del período colonial tenían la misma significación que la que hoy tienen en los Estados Unidos: establecimientos que dan, en un período de cuatro años, lo que ordinariamente se conoce con el nombre de una educación liberal. La universidad comienza donde acaba el colegio; aquélla hace más que hombres instruídos; su fin es formar sabios y especialistas.

Los siete *colegios* primitivos se han convertido más tarde en universidades, en esos templos, esos palacios de la ciencia que hoy se admiran, con un material perfeccionado, con sus bibliotecas inapreciables, su personal de profesores célebres, una población escolar nutridísima y provistos de fastuosas dotaciones que el americano rico prefiere siempre consagrar al progreso de la ciencia, más bien que á un fin grosero de placer personal, ó á mantener la ociosidad de los herederos sin mérito y sin energía.

Dichos colegios en su origen, hemos dicho que no eran más que establecimientos de educación liberal, de más ó menos valor, pero penetrados de un espíritu profundamente religioso, que les daba el aspecto de seminarios ó noviciados protestantes más que otra cosa; así continuaron hasta el fin del siglo XVIII.

En cuanto á la naturaleza de los estudios, sábese que cada año, cada semana y en cada clase había ejercicios en la Biblia é instrucción religiosa; pero se les enseñaba á los estudiantes, dice Mather, á "libere philosophari et in nullius jurare verba magistri.,,

Durante el curso se exigía:

A los *freshmen* (estudiantes de primer año): la gramática con

ejercicios en Virgilio, el Nuevo Testamento en griego, la Retórica y la Lógica de Ramus;

A los *sofomoros*: (2.º año) de Lógica y Religión;

A los *junior sofistas*: la Ética y la Política, Religión, más la prosodia, el estudio de los dialectos y el caldeo;

A los *senior sofistas*: las Artes: aritmética, geometría y astronomía, estilo y composición, hebreo y siríaco;

Para ser Bachiller en artes era necesario, además de una garantía de buena vida y costumbres, saber traducir y exponer en latín los originales del Antiguo y del Nuevo Testamento. Para el grado de Maestro en Artes, tenían que presentar y sostener una serie de proposiciones sobre la Lógica, la Filosofía moral y natural, la Aritmética, la Geometría y la Astronomía.

La Lógica que se enseñaba en estos colegios no era la de Aristóteles, sino la de *Ramus*, escritor francés de la época del Renacimiento, cuya oposición al Estagirita y condenación por el Concilio de Trento constituían un gran mérito á los ojos de los puritanos.

Si la Lógica, á lo menos en esta forma, parece haber sido durante el primer período el objeto de un estudio bastante serio, la enseñanza de la Moral, por una contradicción extraña y, sin embargo, perfectamente lógica, fué perdiendo su importancia por la intolerancia puritana, sobre todo después del destierro voluntario de Roger Williams y la condenación de treinta y dos proposiciones en un Sínodo que por este tiempo hubo en Cambridge.

Una idea de renacimiento pagano iba unida á la noción de la Ética, y en 1716 Cotton Mather la denunciaba como "una forma vil de paganismo".

Por lo que precede se ve cómo se verifica la afirmación del profesor Noh Porter "que un buen número de espíritus influyentes entre los primeros fundadores de las colonias americanas eran hombres de marcado gusto especulativo, familiares con la filosofía abstracta de su tiempo y dispuestos á hacer de ella aplicaciones atrevidas á todas las creencias é instituciones humanas".

Benjamin Franklin (1706-1790) es como el tipo popular de estos hombres de pensamiento á que alude el anterior pasaje.

Desde la edad de diez y seis años su reconocido liberalismo le obligó á dejar á Boston, su patria, y trasladarse á Filadelfia. La tendencia, que empezaba á prevalecer desde esta época en el medio láico, contribuía á apartar á éste de la religión calvinista y á admitir los excesos del puritanismo, bajo la influencia de las ideas puestas en circulación por los deístas ingleses, los iluminados franceses y la filosofía negativa y escéptica de Hume.

Franklin reconocía á Locke por su maestro y mostraba admiración por Shaftesbury y Collins, con los cuales conviene en muchos puntos de la Ética. Su filosofía, baconiana por el espíritu, tendía á identificarse con la ciencia de la naturaleza.

Poco antes de su muerte expresaba su modo de pensar en materia de religión de esta manera: "Creo en un solo Dios, creador del universo que gobierna con su Providencia; creo que debe ser el objeto de un culto; pero estoy persuadido que el culto más aceptable que podemos ofrecerle es hacer bien á sus otros hijos; yo creo que el alma del hombre es inmortal y será tratada con justicia en otra vida, según su conducta en la presente. En cuanto á Jesús de Nazaret, estimo que su sistema de moral y su religión son los mejores que ha visto el mundo y que podrá ver en el porvenir.,,

En 1727 escribió en un opúsculo que él mismo calificó más tarde de "necedad de la juventud,,: "que nada había verdaderamente malo en este mundo, y que vicio y virtud eran distinciones vacías de sentido.,, Pero en 1730 escribía: "El fundamento de toda virtud y de toda felicidad es pensar rectamente; sólo aquel es moral que, viendo que una acción está ordenada naturalmente al bien, la ejecuta por causa de esta ordenación.,,

Su doctrina política está basada en el segundo Ensayo de Locke sobre el gobierno; su carrera política es bien conocida, y nadie ignora la parte que tomó en la formación de la *Constitución* de los Estados Unidos.

El último acto de su vida pública fué un llamamiento para la supresión de la esclavitud en 1830.

En 1728 había organizado un *club filosófico*, que llegó á ser, en 1783, la "Sociedad filosófica americana,, cuyo objeto era dedicarse al estudio de las ciencias naturales,, prestando especial atención á los ensayos ó sistemas filosóficos que pudieran aclarar el problema de la naturaleza de las cosas, procurando aumentar el poder del hombre sobre la naturaleza y á multiplicar las comodidades de la vida.,,

Es decir, que Franklin fué un sabio dotado de espíritu filosófico, sin ser propiamente hablando un filósofo.

LUIS COLOMINA.

(Continuará.)

NOTAS

De indiscutible actualidad es la obra que acaba de escribir el sacerdote italiano Carlos M. BARATTA: *Principii di Sociologia cristiana* (Parma, Fiacadori, 1902).

Es tan grande el número de cuestiones que trata de ventilar el autor, que nos limitaremos á indicar solamente las de mayor bulto.

El libro comprende tres partes. En la primera nos expone aquellos puntos capitales de doctrina que son como el fundamento de la sociología cristiana, á saber: fin de la creación, naturaleza racional del hombre, la libertad humana y el empleo que de ella debemos hacer. Describe á continuación la vida social, los deberes del hombre con la sociedad y las relaciones entre la libertad individual y la convivencia social.

En la segunda parte, estudia las influencias recíprocas entre el hombre y el ambiente económico en que vive; discute con acierto la teoría de Malthus, y señala las utilidades de los nuevos sistemas de agricultura que tienden á impedir el agotamiento de la fertilidad del suelo. En lo que se refiere al fenómeno del cambio, aprecia en su justo valor la ley de la concurrencia, combate el proteccionismo y señala los medios conducentes para evitar las luchas entre el capital y el trabajo.

En la tercera parte examina el hecho social, esto es, cómo se forman las distintas agrupaciones sociales, familia, tribu, municipio, provincia, nación, y señala las razones económicas á que obedece la formación de los grandes centros de población, ó sea las ciudades. Después se hace cargo del principio de autoridad, del antagonismo entre los habitantes de la ciudad y los de la campiña, de la inmigración, de la guerra, etc.

Desconfiando el autor, con sobrado motivo, de los medios artificiales con que los sociólogos arbitristas pretenden curar los males que afligen á la sociedad, cree como única solución plausible el cumplimiento de las leyes naturales que el Ser Supremo señaló en la creación á la obra de sus manos.—(A. G. I.)

De muy distinta índole es el trabajo del R. P. Godts acerca del feminismo, *Le féminisme condamné par les principes de theologie et de philosophie* (Roulers, 1903). Acostumbrado, sin duda, al método dogmático de la teología y á lanzar excomuniones y anatemas contra los herejes, ha creído el P. Godts que podía seguir el mismo procedimiento en las materias sociológicas, sin tener en cuenta que en el primer caso la infalibilidad de la Iglesia es garantía segura de la verdad, pero en sociología las afirmaciones no tienen más valor que el valor de los argumentos presentados en su apoyo. Y, ¡cuán débiles son los que se le ocurren al autor para demostrar la inferioridad de la mujer respecto del hombre! Baste citar el texto del sumario del capítulo III... 5. La inferioridad de la inteligencia femenil es evidente por *su vanidad*; 6. Este hecho es confirmado por la autoridad del conde de Maistre; 7. Por la historia del pretendido Renacimiento, *et sic de cæteris*.

En otros lugares afirma en serio que la inferioridad de la mujer resulta del hecho de haber sido formada de un hueso sobrante del hombre, y de que en el matrimonio el ser activo es el hombre y el ser pasivo la mujer.

Finalmente, tan persuadido está de la competencia del teólogo para resolver estos problemas que, según él, la cuestión del feminismo ni ha sido ni puede ser tratada «con exactitud ni profundidad» más que «por los sacerdotes, por los que hayan hecho estudios de teología.» —(A. G. I.)

* *

En el próximo mes de Abril (del día 2 al 9), tendrá lugar en Roma el Congreso internacional de ciencias históricas, en el cual hay una sección consagrada á la historia de la filosofía y de las religiones. Según informes de la *Rivista filosofica* (Fasc. I, 1903), Stein presentará á dicha sección un trabajo sobre el tema: «Proposición de un Corpus philosophorum de los humanistas bizantinos inéditos, dispersos por las bibliotecas y archivos italianos», y otro el profesor del Instituto de Florencia, Félix Tocco, acerca del tema: «Cuáles serían los medios más eficaces para promover trabajos monográficos sobre la historia de la filosofía en la época del Renacimiento».—(A. G. I.)

* *

Las diferencias de criterio en materia religiosa no sólo presentan aspecto político en la nación vecina, sino que trascienden al terreno doctrinal y especulativo. Concretándonos por el momento á los estudios bíblicos, puede decirse que en todo el siglo XIX se advierten en los teólogos franceses dos tendencias, que podrían denominarse, radical ó progresista la primera, y conservadora ó tradicionalista la segunda.

Estas divergencias entre los teólogos no son nuevas en la historia de la Iglesia, pero sí lo son la forman que revisten y el objeto discutido.

Hoy, por lo general, no se discute la interpretación de tal ó cual dogma, sino que, á imitación de lo que ocurre en filosofía á partir de la crítica kantiana, las discusiones versan sobre el alcance y legitimidad de las Sagradas Escrituras, que son el depósito de la fe. Es decir, la contienda teológica va encaminada, no al contenido dogmático, sino á las fuentes de ese contenido.

A narrar esas luchas entre los católicos franceses está destinada la obra de ALBERTO HOUTIN, *La question biblique chez les catholiques de France au XIX siècle* (2.^a edic., París, 1902).

El autor ha puesto en cabeza de su libro las palabras de León XIII, que condensan las leyes de imparcialidad y exactitud del historiador: «La primera ley de la historia es no atreverse á mentir; la segunda es no tener miedo á decir la verdad; además de que el historiador no ha de dar motivo á que se pueda ver en él adulación ó animosidad». Pero quizá no ha acertado á evitar este último defecto. Ya cuando señala como teorías comunes á toda la escuela tradicional las que sólo son peculiares de algún escritor mediocre, ya el tono burlón y agresivo con que suele tratarla, pone de manifiesto que sus simpatías por la escuela progresista son un obstáculo en ocasiones para la imparcialidad y exactitud con que debe proceder el historiador.

Pero, á pesar de todo, la obra de Houtin es muy interesante y nos da una información bibliográfica muy completa sobre los estudios bíblicos en Francia.—(A. G. I.)

Sección Historia



Las ilusiones

científicas

en la historia

El acudir á la historia con miras puramente científicas es cosa moderna; y modernas, por consiguiente, las ilusiones de la inteligencia que por tal motivo hayan podido forjarse.

Estas se originan casi siempre, como las ilusiones de los sentidos, de examinar los fenómenos por un solo aspecto, de observarlos desde posición única; y no se descubre la ilusión hasta que se atina en los medios críticos necesarios para rectificar los juicios prematuros que se forman tras las primeras impresiones recibidas.

No me refiero á la ilusión que se produce en el entendimiento de aquellas personas que acuden á la historia con prejuicios de parcialidad, con el fin de probar las tesis de antemano aceptadas, v. g., la del teólogo moralista que en la historia sólo ve el dedo de la Providencia (no á la Providencia que preside al orden, regularidad y constancia de las leyes del universo, las cuales para ser conocidas requieren estudio sereno y científico, sino á la Providencia personificada en un Dios que acá en la tierra remunera siempre á los buenos y castiga á los malos) y busca con la mejor intención del mundo la causa de la caída de los imperios, en los vicios de los hombres, que inevitablemente han de traer por consecuencia los castigos del cielo; y, viceversa, explica la grandeza

y prosperidad de las naciones por sus virtudes morales y el premio que éstas merecen. Me refiero precisamente á una ilusión cerrada y completa que se produce aun en el ánimo de los que sin interés de parcialidad ni fanatismo de ninguna especie estudian la historia con el deseo más depurado de inquirir la verdad por los métodos más científicos.

Dos tipos ejemplares hemos notado en los artículos anteriores: el Sr. Lacombe y el Sr. Xenopol, los cuales han sufrido dos clases de ilusión bien calificada: 1.^a la de considerar la historia como ciencia particular, por el hecho de hallarse en los principios de una particular ciencia la explicación parcial de lo ocurrido en los tiempos pasados; 2.^a creer que la historia puede constituir ciencia, aparte de otras ciencias, bien por virtud de los métodos especiales que ella utiliza, bien por ceñirse á un aspecto singular que ofrecen los hechos que estudia.

De la primera puedo hablar con algún conocimiento de causa, por la razón sencilla de haber padecido personalmente esa ilusión durante mucho tiempo. No tengo inconveniente en confesar mis debilidades.

Hace algunos años me enfrasqué en largas investigaciones con el intento de probar los orígenes musulmanes del Justicia aragonés. El principal punto de apoyo de todas las argumentaciones fué el hecho psicológico de la imitación. Al ver yo realizado en gran parte de las instituciones humanas ese fenómeno, de manera regular y constante, parecióme que toda la historia se iluminaba ante mis ojos convirtiéndose toda ella en ciencia; pero al notar después que otros, como Lacombe, sirviéndose de método semejante, aplicado para otros aspectos psicológicos, podían alegar con igual derecho las mismas pretensiones, descubrí la ilusión: Ahora sigo considerando como definitivo lo que entonces averigüé acerca del origen del Justicia; sigo creyendo que el principio de la imitación es transcendental en los actos humanos; mas he abandonado por completo la idea vana de que por tal medio la historia pueda convertirse en ciencia.

Porque la ilusión no está en ver realizados los principios de una ciencia en los hechos de la historia: ¿cómo no se han de realizar, si la ciencia de esos fenómenos precisamente ha debido nacer de la observación de la regularidad y constancia aparentes en los hechos pasados? La ilusión está en creer que por ese medio se hace la historia ciencia, cuando lo que ocurre es que de estudiar los hechos pasados nacen las ciencias. La historia, al dar materia de estudio á la mente humana, ofrece ocasión para que en esa

mente se produzca el saber científico de los hechos; y la mente humana atribuye en cierto modo, por alucinación, á esos mismos hechos la cualidad de científicos, que es propia únicamente de los sujetos que los conocen.

Esta es la ilusión más generalizada entre los hombres de ciencia que se han dedicado á estas disciplinas: el psicólogo que estudie lo sucedido en el transcurso de las edades, no dejará de notar que los móviles de la naturaleza humana, ahora como siempre, son constantes y regulares, y sufre la ilusión de que la historia se convierte en ciencia al explicar los hechos humanos por los principios de la psicología; el economista verá realizadas en todo fenómeno histórico de la humanidad, las leyes cuyo conocimiento forma su ciencia, y cae en la tentación de afirmar que puede convertirse la historia en ciencia, si los hechos pueden explicarse por esos principios económicos; ¿el sociólogo no ha de pensar que la historia es pura sociología, si en los acontecimientos se ve muy clara la acción de las fuerzas sociales determinando la marcha de todos los pueblos?; hasta el filósofo, acostumbrado á las grandes síntesis, ha inventado una filosofía de la historia, ¡como si pudiera haber filosofía de lo presente, distinta de la filosofía de lo pasado que fué presente al tiempo de ocurrir!

Esa ilusión, sin embargo, no la padecen los que se dedican á ciencias que no tienen por objeto el hombre ó la sociedad; únicamente la sufren políticos, moralistas, psicólogos, economistas y sociólogos; nadie sostiene que la historia es ciencia matemática porque en los monumentos antiguos se vean realizadas las leyes matemáticas de la arquitectura.

Tampoco sufren esta ilusión los científicos que no han estudiado historia; esto es clarísimo; pero suelen participar de un error muy extendido, que consiste en creer que si la historia no es ciencia deberáse á pura incapacidad ó impotencia de los historiadores.

De este error se ha derivado otra ilusión que han mantenido algunos hombres de ciencia que han querido transformar los estudios históricos: la de creer que si la historia no es ciencia, se debe á la aplicación de malos métodos. Ejemplo: el célebre historiador Buckle, el cual pensó haber encontrado el medio de transformar la historia en ciencia exacta, fundándola en la estadística; otros han sostenido que podría convertirse en ciencia natural, si se ciñese exclusivamente á estudiar las multitudes y lo general de los fenómenos, abandonando el lado individual de los hechos. La ilusión ha llegado al extremo de pretender explicar y recons-

truir la civilización de los antiguos indios, por el arroz que los nutría; la de los egipcios, por los dátiles; la de los brasileños, por el maíz; y hasta se ha discutido seriamente si la caída del imperio romano se debió al desconocimiento del ácido fosfórico, que hubiera podido fertilizar las tierras agotadas del imperio.

Lo curioso es que cada uno encastillado en el exclusivismo de su aspecto parcial, desprecia los ajenos: el artista achaca á los científicos el haber rebajado la nobleza de la historia, al sacarla de la sublime esfera del arte; los hombres de ciencia desdeñan á los artistas, porque enturbian con falsedades la pureza de la verdad histórica; unos dicen: guerra á los escritores sin imaginación, incapaces de resucitar lo pasado como forma viviente; otros: guerra á los que sin estudios críticos ni minuciosas investigaciones llenan la historia de mentiras que trastornan las inteligencias.

Tengo por indudable que los hechos pasados, como los presentes, son campo abierto á toda operación mental, es terreno común á artistas y científicos; á éstos la historia ofrece variadas posiciones, diversos puntos de vista; unos, eminentes, para ver desde lejos y en conjunto las direcciones en la marcha de la humanidad por espacios dilatados; otros, más ceñidos, para examinar á su placer los menudos pormenores.

El hombre que camina por una carretera ve los objetos de alrededor uno á uno; el que mira desde un monte elevado aprecia no sólo el zigzag de la carretera, sino el conjunto de los valles, montes y ríos. Esas diversas posiciones facilitan el estudio en todos los aspectos; mas no caigamos en la tentación de llamar *ciencia del monte* á la adquirida por observaciones hechas *desde el monte*, y *ciencia del llano* á la adquirida caminando por el valle. Por igual motivo no debe llamarse *ciencia histórica* á la ciencia adquirida por la historia.

Las ciencias particulares tienen su objeto propio, su campo limitado, su tecnicismo; sólo dos disciplinas hay á los extremos opuestos fuera de los puntos centrales que ocupan las ciencias: allá en lo alto, la filosofía, difícil de precisar dónde empieza y dónde acaba; aquí abajo, en las raíces de toda ciencia, se halla otra disciplina difícil de definir, la historia; la primera aparece como el saber científico en las más elevadas concepciones del espíritu, en las más comprensivas generalizaciones; la segunda, como la observación de lo más particular y concreto de lo ya realizado en el mundo.

Toda observación, aun la del fenómeno más sencillo, exige que el fenómeno se realice por completo, es decir, que sea histó-

rico; para saber los años que puede vivir un cuervo es preciso aguardar á que la vida del cuervo se acabe.

La historia, á mi juicio, ni por su objeto ó materia, ni por especial modo de ver, ni por los métodos ú operaciones lógicas puede constituir ciencia particular distinta de otras ciencias; ha de ser campo de observación muy aprovechable para recoger materiales inmensos que nutran y vivifiquen todas las ciencias.

En artículos sucesivos me propongo justificar con amplitud mi opinión, que, en resumen, se reduce á lo siguiente: que todo lo pasado, como todo lo existente, es inmenso é individual; que ambos ofrecen la misma materia de estudio; la investigación de lo pasado exige los mismos métodos y operaciones lógicas que la investigación de lo presente; que ambos son terreno común para los artistas y para los científicos.

Y todo eso nos permitirá fijar, en último término, de manera muy precisa los oficios del historiador y el criterio que debe presidir en la organización de la enseñanza de estas disciplinas.

JULIÁN RIBERA.

Madrid 17 Marzo 1903.

FAMILIA REAL DE LOS BENITEXUFÍN

(CONTINUACIÓN)

HIJOS DE YÚSUF HIJO DE TEXUFÍN: De seis hijos y cinco hijas encuentro noticia en los autores.

Alí hijo de Yúsuf. Muerto Yúsuf, le sucedió en el mando su hijo Alí por disposición del padre, á pesar de que quedaba descendencia del hermano mayor Abubéquer Sir, cuyo hijo Yahya se rebeló en Fez, pero hubo de someterse pronto.

Nacido Alí en Ceuta en el año 477 (1) de una esclava cristiana llamada *Manno* y después *Madre de Alhasan* (2), al tiempo de subir al trono tenía 23 años.

Abenalcadi, de quien están tomados estos datos, dice que «era blanco de color, mezclado con rojo, de talla perfecta, torcido de rostro, de dientes separados, de nariz aguileña, ligero de mejillas, de ojos negros y cabello caído.» Murió á 7 de racheb del año 537, aunque Abenalcadi dice 539.

Abubéquer Sir hijo de Yúsuf. El autor del Cartás, al mencionar los hijos de Yúsuf, nombra á Abubéquer (pág. 88), y después al hablar de la batalla de Zalaca, dice que Yúsuf después de ella se volvió por la muerte de su hijo Abubéquer, á quien había dejado enfermo en Ceuta (pág. 98). El autor de la obra *Kitabo alictifa* (3) es algo más explícito, pues dice que cuando Yúsuf se preparaba después de la batalla de Zalaca á entrar en el país de los cristianos, le llegó carta de la muerte de su hijo mayor, sobreviniéndole por esto gran daño, pues no pudo prescindir de marchar al lado opuesto por causa de este gran infortunio.

(1) Abenjelicán dice que nació en el año 496, pero la decena es errata del copista por 70, ya que تسعين و سبعين y سبعين se confunden con mucha facilidad.

(2) Abenalcadi, pág. 291.—El Cartás le llama قمر Camra? y también se llamaba فاضل الحسن Abunda la hermosura.

(3) Dozy, Loci de Abbadidis, tomo II, pág. 23.

Sólo por el autor del *Alholal almauxfa* conozco el nombre propio de este hijo de Yúsuf, pues al hablar de la batalla de Zalaca, dice que Yúsuf se volvió por la muerte de su hijo Abubéquer Sir (1).

De un hijo de este Abubéquer Sir, encuentro noticia en los autores.

Yahya hijo de Abubéquer (Sir) y nieto de Yúsuf, que á la muerte de su abuelo estaba de emir en Fez, por de pronto no quiso reconocer la soberanía de su tío Alí y se rebeló; pero presentándose pronto Alí al frente de sus tropas, y habiendo comprendido Yahya que no podía resistirle, huyó de Fez, entregándola á su tío Alí, que hizo su entrada el día 8 de rebia postrero, ó sea á los tres meses de la muerte de Yúsuf: añade el autor que se dice que al acercarse á Fez, Alí escribió á su subrino Yahya, invitándole á la obediencia lo mismo que á los xeques, y que habiendo Yahya explorado el estado de ánimo de la población, se convenció de su impotencia y salió de Fez, huyendo hacia donde estaba el emir de Tremecén, Mazdalí, á quien encontró en el río Muluja, que se dirigía á prestar obediencia al *Emir de los musulimes Alí*: Yahya contó á Mazdalí lo ocurrido, y habiéndole éste salido garante de que Alí le perdonaría, se dirigieron ambos á Fez, quedando Yahya oculto hasta obtener el perdón, que Alí concedió sin dificultad, y prestada obediencia, Alí le dió á elegir entre vivir en Mallorca ó retirarse al Desierto, es decir, al país de Asahra, desde donde según el mismo autor salió para el Hichaz é hizo la peregrinación á la Meca; de allí volvió al lado de su tío, á quien pidió le permitiese ser de su comitiva y vivir en la capital ó corte Marruecos, como se lo permitió, permaneciendo allí algún tiempo; pero habiendo concebido sospechas de que Yahya se levantara contra él, Alí le prendió y le envió á Algeciras, donde permaneció hasta que murió (2).

Bastante antes de estos sucesos se encuentra mencionado este Yahya nieto de Yúsuf, pues Abenjaldún (3) y el moderno historiador de Marruecos Ahmed Anasirí (4) dicen que en el año 493 Yúsuf envió á Alandalus con encargo de destronar á los Reyes de Taifas á su nieto el emir Yahya hijo de Abubéquer, á quien se unieron los generales Mohámed hijo de Alhach y Sir hijo de Abubéquer, quienes destronaron á todos los reyes, menos á Almostáin de Zaragoza.

Esta noticia parece equivocada en la fecha, que debe ser 483, año en que vuelto Yúsuf á Marruecos después de su tercera venida á España, dió orden de despojar á los reyes de Taifas, si bien es verdad que lo que añade Abenjaldún y aún el destronamiento de los reyes de Taifas de la parte oriental y norte es posterior.

Otras noticias encuentro que podrían referirse á este Yahya hijo de Abubéquer, pero que en mi sentir más bien se refieren á otro personaje

(1) Dozy, *Loel de Abbadidis*, tomo II, pág. 201.

(2) *Cartas*, pág. 102 y 103.

(3) Tomo VI, pág. 187 y 188 y tomo I, pág. 245 de la edición de Argel.

(4) Tomo I, pág. 123.

llamado también Yahya hijo de Abubéquer, que como veremos luego, resulta nieto de Alí, no de Yúsuf.

Abutáhir Temim. Al mencionar el autor del Cartás, los hijos de Yúsuf, después de Alí pone á Temim, á quien en otros lugares llama Abutáhir Temim: sin que el lugar en que le menciona pueda tomarse por un indicio de su mayor importancia respecto á los otros hermanos, quizá de ningún otro tenemos tantas noticias de haber intervenido, si bien con poca gloria, en hechos tan importantes: la mayor parte de estas noticias están tomadas del Cartás.

En el año 467, al hacer Yúsuf la distribución del gobierno de las ciudades y territorios que dominaban los Almoravides, dió á su hijo Temim el mando de las ciudades de Agmat y Marruecos, de los países del Sus y de lo restante del país de los Masamudas, y de los países de Tedala y Temesna (pág. 91), donde probablemente seguía mandando al tiempo de darse la batalla de Zalaca, pues Yúsuf escribió dando cuenta de la victoria á *Temim Almoiz*, gobernador de la ciudad (صاحب المدينة) (pág. 96), locución que casi podemos asegurar que se refiere al *gobernador de la capital*, que era Marruecos, y del hecho de dar á Temim el título sultánico de *Almoiz*, podríamos inferir sin gran violencia la mayor importancia que entonces tenía Temim respecto á sus hermanos.

Temim, á pesar de que por ser de bastante más edad que Alí (1), podía aspirar á ocupar el trono de su padre, no tuvo inconveniente en reconocer la soberanía de Alí, siendo el primero en prestarle homenaje, diciéndonos el autor del Cartás (pág. 102) que cuando murió su padre Yúsuf, Alí le envolvió con sus vestidos, y saliendo de la estancia, asido de la mano de su hermano Abutáhir Temim, anunció á los Almoravides la muerte de su padre, y habiendo Abutáhir puesto su mano sobre la de Alí, le proclamó, diciendo á los Almoravides, levantaos, y proclamad al Emir de los musulmes, como lo hicieron cuantos estaban presentes de los Lamtunas y demás cabilas de los Sanhachas, alfaquies y ancianos de las cabilas, llevándose á cabo de este modo la proclamación en Marruecos.

Al año siguiente, Alí relevó del cargo de gobernador del país de Almagrib á su hermano Temim, poniendo en su lugar al caid Abuabdala hijo de Alhach (pág. 103).

Al ser relevado Temim del gobierno del Almagrib, probablemente recibió el de Granada, pues allí le encontramos al año siguiente, cuando hubo de salir al frente de la expedición en la que hizo el papel del héroe por fuerza, ganando la batalla de Uclés (pág. 103 y 104) (2).

De dos expediciones de Temim á la frontera superior llevadas á cabo

(1) Alí tenía 23 años y Temim hacía 33 que había sido nombrado gobernador de Marruecos.

(2) Véase para más detalles nuestro libro *Decadencia y desaparición de los Almoravides en España*, pág. 9 y 239.

después de la campaña de Uclés tenemos noticias, aunque vagas y sin que puedan fijarse las fechas: ambas debieron ser poco anteriores al año 512 en que fué tomada Zaragoza por D. Alfonso el Batallador.

La más concreta y hoy conocida es la expedición emprendida con objeto de levantar el sitio de Zaragoza, de la cual dicen nuestros autores que un numeroso ejército mandado por el emir Temim, hermano de Alí, llegó á tres leguas de Zaragoza, pero que no creyéndose con fuerzas suficientes para resistir el ímpetu de los soldados de Alfonso, se retiró: de este suceso no se había encontrado mención ni indicación alguna en los autores árabes; pero últimamente la hemos encontrado en Abenalabar (1), quien en la biografía de Alí Abenisam dice que «este salió de Zaragoza en compañía del predicador Abuzaid, hijo de Montiel, y presentándose al emir Abutáhir Temim, hijo de Yúsuf, hablaron de parte de la gente de Zaragoza de los preparativos del enemigo para el combate, y que asustado Temim con esta noticia se retiró con los ejércitos, siendo esto la causa del éxito de los cristianos hasta que se apoderaron de la ciudad.

Sin indicar fecha, pero refiriéndolo sin duda al año 511, hace mención el autor del Cartás (pág. 106) de una expedición mandada por Temim para socorrer á Lérida y Zaragoza sitiadas por Alfonso: habiendo salido de Valencia, pues era valí del Oriente de Alandalus, y habiéndosele unido con sus respectivas fuerzas Abdala hijo de Mazdali y Abuyahya hijo de Texufín, gobernador de Córdoba, se dirigieron hacia Lérida, y habiendo tenido un gran combate con Alfonso, le echó de Lérida rechazado y pesaroso después de haber empleado todos sus esfuerzos en combatirla y de haber muerto sobre ella más de diez mil hombres: vuelto Temim á Valencia y en vista de lo sucedido, Alfonso envió á pedir auxilio á las extremidades de los Francos para combatir á Zaragoza, y efectivamente, acudieron como hormigas y langostas.

Del sitio de Lérida por Alfonso ó por el Conde de Barcelona en este tiempo, no tenemos noticia alguna en nuestros autores, (2) y la relación que hace el autor es poco creíble en sus detalles, y aun pudiera creerse que se refiere con alguna tergiversación al hecho de que acabamos de dar cuenta.

La última noticia que encontramos de Temim se refiere á su nombramiento de gobernador general del país de Alandalus, pues dice el autor (p. 106) que en el año 515 Alí pasó á África (á la parte opuesta) y dió el mando de todo el país de Alandalus á su hermano Temim, el cual siguió en ese mando hasta que murió el año 520, viniendo á ocupar su puesto el emir Texufín, hijo de Alí.

Añadamos por fin, como complemento de las noticias referentes á

(1) Tomo III de la *Tecmila*, pág. 114, ms. existente en el Cairo del que tenemos copia fotográfica, de cuyo contenido dimos cuenta á la Academia. Tomo XXXII del *Boletín*, página 103 y 104.

(2) *Decadencia y desaparición de los almorávides*, pág. 250.

Temim, que estuvo casado con Zeinab, hija de Ibrahim, hijo de Tifiluit, ó como deba leerse, jefe almoravid, padre, según parece, del gobernador de Zaragoza Abubéquer hijo de Ibrahim hijo de Tifiluit. (1)

Entre los hijos de Yúsuf se menciona á *Almoiz*, de quien sólo encuentro noticia de su existencia y de haber sido enviado por su padre al frente de un gran ejército á sitiar á Ceuta antes de pasar á poner en ejecución el deseo de Almotamid de Sevilla de que viniera en su auxilio: Almoiz sitió á Ceuta hasta tomarla en el mes de rebia primero del año 477, dando cuenta inmediatamente á su padre Yúsuf, que estaba en Fez, haciendo los preparativos para pasar á Alandalus (Cartás p. 93).

Como el nombre *Almoiz* es título sultánico con más frecuencia que nombre propio, sospecho que el hecho se refiera á Abutáhir Temim, que como hemos visto llevaba ese título, y nada tendría de extraño que los autores árabes hubieran hecho dos personajes de uno, mencionado de diferentes modos.

Abuabdala (Mohámed) hijo de Aixa. De este hijo de Yúsuf encontramos noticias que indudablemente se refieren á él, y otras varias más importantes, en las que se le menciona con los nombres de Mohámed hijo de Aixa.

Abenalabar en la biografía de Ibrahim, otro hijo de Yúsuf, dice (2) que antes de éste (hasta 508) había estado de valí de Murcia Abuabdala, conocido por el *hijo de Aixa*, nombrado por su padre para este cargo al principio de la conquista, no habiendo capitán que le igualase en valor, en constancia en el trabajo en pro de la religión, ni en el cuidado en la obediencia; tuvo muchos encuentros con los cristianos y fué quien conquistó el fuerte castillo de Aledo: desempeñó este mando hasta el año 508, en que á consecuencia de haber sido derrotado en la batalla del Puerto, Congost de Martorell, perdió la razón, y fué reemplazado por su hermano Ibrahim (3).

Estas son las únicas noticias referentes á Abenaixa, en que consta que fuese hijo de Yúsuf.

¿Mohámed hijo de Aixa es el mismo Abuabdala hijo de Aixa? Creemos que sí, y que el autor del Cartás, que le llama *محمد ابن عائشة*, y Abencardabús en los textos publicados por Dozy (4) no tuvieron conocimiento de que fuera hijo de Yúsuf, pues de otro modo es probable que lo hubieran dicho.

Por otra parte, casi siempre resulta que quien se llama Abuabdala por sobrenombre, tiene por nombre propio Mohámed y viceversa; y, como vamos á ver, los hechos atribuidos á Mohámed hijo de Aixa en

(1) *Abenalabar*, tomo III. ms. fotografiado, pág. 308.—Véase además nuestro libro *Decadencia y desaparición de los Almoravides*, pág. 22 y 279.

(2) *Bibl. Ar. his.* tom. IV, pág. 55.

(3) De la batalla del Puerto tratamos por primera vez en el tomo XI, pg. 51 y siguientes del *Boletín de la Academia*, y después en *Decad.* y *desap. de los Almoravides*, pág. 272.

(4) *Dozy, Loc. de Abbadidís*, tomo II, p. 25 y *Recherches*, 2.^a ed., tomo II, págs. XXIV y XXV.

parte están como indicados en Abenalabar en el texto de que nos hemos servido.

Resulta además que ninguno de los dos autores estaban muy bien enterados de los acontecimientos en que intervino el Abuabdala Moháméd hijo de Yúsuf y conocido por *el hijo de Aixa*.

Hacia mitad ó fines del año 484, según parece, después de la tercera venida de Yúsuf á España y de su regreso á Marruecos, Moháméd hijo de Aixa toma el mando de una división de Almoravides, que conduce á Murcia, atacando una división de cristianos que es puesta en derrota, matando á muchos y haciendo no pocos prisioneros: enseguida depuso al rey de Murcia y marchó á Denia, cuyo rey Abenmocháhid, al aproximarse Moháméd hijo de Aixa, se embarcó buscando un asilo en la costa de los Benihamad (en Bugía) (1).

Cuando Abenaixa hubo tomado posesión de Denia, fué á visitarle Abenchahaf, cadí de Valencia, pidiéndole que le acompañase: Abenaixa se negó á ello, alegando que su presencia era necesaria en Denia, pero le dió un ejército á las órdenes de Abennásir, y llegados á Valencia dieron muerte á Alcádir: esto sucedía en el año 485. (2)

Después de estas noticias, no muy exactas como acabamos de ver, referente al Moháméd hijo de Aixa sólo encuentro la mención hecha por el Cartás (pág. 104) de que Moháméd (le llama ابن عاتمة por ابن عائشة) fué uno de los dos jefes que aconsejaron á Temim que no levantara el sitio de Uclés.

Ya hemos visto que en sucesos posteriores el Moháméd hijo de Aixa figura como Abuabdala, hijo de Yúsuf, y conocido por *el hijo de Aixa*.

FRANCISCO CODERA.

(Se continuará.)

(1) Esta noticia, como advierte Dozy, está equivocada, pues en Denia reinaba Suleiman, hijo de Mondir y nieto de Almoctadir de Zaragoza, que había desposeído de Denia á su yerno Ali: de Suleiman, como rey de Denia, hay monedas de los años 483, 484 y 485 y quizá de 493: como rey de Tortosa se conocen de los años 484, 488, 489, 491 y 492.—Vices, obra citada, pág. 219 y siguientes.

(2) Alcádir fué muerto, no en el año 485, sino en 478: la cronología de los reyes de Valencia, que damos en nuestra *Numismática*, pág. 276, tomándola de Abenjaldán debe rectificarse por las monedas y los nuevos textos.

ORDINACIONES Y PARAMIENTOS DE LA CIUDAD DE BARBASTRO

(CONTINUACIÓN)

DE PENA COLLIGENCIUM TALLYAS VEL FRUCTUS

Item ordenaron que toda persona qui entrara o cullyra tallyas agراع huas o fruyta alguna en vinyas o en huertos campo o oliuar de otri o parral que pague de pena por cada negada de dia cinco sueldos e de nueyt diez sueldos e que enmiende el danyo a su senyor de la qual pena sian los tres sueldos de los Jurados e los dotze dineros del acusan e los otros dotze dineros del Senyor de la heredit de los cinco sueldos de dia e de los diez sueldos de nueyt quen de sian los cinco sueldos de los Jurados e los dos sueldos del acusador e los tres sueldos del Senyor de la heredit.

DE PENA RAÇIMANCIUM IN VÍNEYS

Item ordenaron que alguno o alguna no sea tan osado o osada que raçime en las vinyas aquí a que crida sia feyta publicament por los corredores por mandamiento de los Jurados que las ditas vinyas son sueltas. E toda persona que ante de la dita crida sia trobada raçimando pague de pena á los Jurados dotze dineros e las huas raçimadas sian liuradas al Senyor de la vinya do serán trobadas las raçimaderas.

DE LEGE AQUILA VEL DAPNO DATO PER MODUM TALE IN VÍNEIS VEL ORTIS

Item establieron e hordenaron que alguno de qual quiere ley estado o condición sea no sea tan osado que tale ó faga tala en vinyas ni en campos ni en huertos ni en otros heredamientos en la çidat ni en el término de aquellya si quiere sean de caballeros o de Infançones si quiere de çudadanos e de otras quales quiere personas de qual quiere ley o condición sian si quiere sian de guerra o no ni metan fuego. E qual quiere qui contra esto

vendra ultra la pena del fuero sia tenido satisfacer el danyo e por cada arbol o cada vit tallyada sea encorrido en cinco sueldos de pena e por el meter del fuego en pena de çient sueldos de la qual pena sea la tercera part del acusan e la tercera de los Jurados e la otra tercera de la part iniuriada.

DE PENA IMITENCIUM GANATA IN VINEIS SEGETIBUS ATQUE PLANTIS

Item ordenaron que alguno no sea tan osado que meta ganado en las vi-nyas mieses suyas ni de otri e aquel o aquellyos qui lo faran que sean en corridos por cada vegada por diez cabeças entro en vint de ganado en pena de cinco sueldos de día e de nueyt en pena de diez sueldos e si el ganado sera de vint cabeças asuso pague de pena a los Jurados de día diez sueldos e hun carnero e de nueyt vint sueldos e dos carneros de la qual pena el acusador aya de dia dotze dineros e de nueyt dos sueldos e enmiende qual quiere tala que feyta aura e si el ganado sera menos de diez cabeças pague de pena tres sueldos. Eapero si algunas ovellyas o qualquiere otro bestiar menudo faran regudiença en manera que visto sea no seyer feyto çient-ment e el pastor o aquellos qui los cataran luego las en de gitaran ó en faran todo su poder e esto sera conocido por los Jurados que enmiende la tala e pague otro tanto como la tala monta.

DE PORCIS

Item ordenaron que si algún puerco ó puerca sera visto o trobado en vinya campo sembrado o en huerto dentro muro o fuera que el Senyor o duenya de aquel pague de pena por cada hun puerco a los Jurados seys di-neros e enmiende el danyo que feyto auran al Senyor de la heredit en do trobados seran.

DE PENA DUCENTIS MUTONEM MANSUETUM AD VINEAS

Item ordenaron que qual quiere qui levava a vinyas suyas o de otri car-nero maseto cordero o ouellya crabon o craba que pague de pena a los Ju-rados seys dineros e enmiende qual quiere danyo que fara.

QUOD GANATA GROSA POSINT MITI IN HEREMIS

Item ordenaron que qual quiere vecino de la dita çiudad qui aura bes-tias grosas yes a saber bueyes bacas o yeguas que las pueda meter á paxer en los yermos del termino de la çiudad yes a saber en aquellos que por ca-rrera publica ó por viero y puede hombre entrar- empero si fazen tala en otro lugar que lo enmienden segunt que por los Jurados ó por aquellyos que por ellyos enviados y seran sera preziado e que paguen por pena a lo Jurados dotze dineros.

DE PENA COLLIGENCIUM OLIUAS

Item ordenaron que qualquiere persona que plegara oliuas o collyra de vinyas o de olivar allyeno que pague de pena por cada uegada de dia çin-

quo sueldos e de nueyt diez sueldos e enmiende el danyo al Senyor de la qual pena sia la tercera part del acusan e las dos partes de los Jurados.

DE PENA VENANCIUM IN VINEIS

Item ordenaron que alguno de la ciudat no sea tan osado que caçe en las vinyas con canes ni con aues ni con foron del primer dia del mes de abril entro al dia de sant Luch e qui quiere que contra esto vendra pague de pena por cada vegada çinquo sueldos á los Jurados e si fara tala enmiende aquella al Senyor.

DE DAPNO DATO PER ANIMALIA GROSSA

Item ordenaron que quales quiere becas yeguas asnas e de so natural (1) que entrara o talaran en vinyas mieses o lugares plantados que paguen al Senyor de la heredit en do entraran o danyo daran dotze dineros por cabeça e enmiendende el danyo o la tala.

DE PENA EUNCIUM AD VINEAS DIEBUS DOMINICIS

Item ordenaron que alguno ni alguna no sea tan osado que el dia domingo de la fiesta de sant Johan baptista entro á la fiesta de Santa María de Setiembre vaya a las vinyas e qui quiere que fara el contrario pague de pena a los Jurados dotze dineros de los quales aya quatro dineros el acusador.

DE PENA EUNCIUM AD VINEAS DE NOCTE

Item ordenaron que despues que agraç o fruyta aura en las uinyas o oliuas maduras en las oliueras alguno no sea tan osado que vaya a sus vinyas o allyenas o a sus oliuares o allyenos e ande ni uienga de nueyt si ya no era en tiempo de vendemas. E qui quiere que de nueyt sera trobado en las vinyas o oliuares o andando o viniendo de nueyt de aquellyas o de aquellyos pague de pena çinquo sueldos á los Jurados de la qual pena sian los dotze dineros del acusan.

DE PENA ACCIPIENCIUM SARMENTOS DE FAXINIS

Ordenaron en cara que qual quiere que levara sarmientos de vinya de alguno o de faxina ençetada o por ençetar que pague de pena por cada uogada çinquo sueldos e enmiende los sarmientos al Senyor de la vinya pagando quatro dineros por dotzena al Senyor de la lenya e el dito Senyor no sia tenido aduerar la dita lenya por sacrament si ya los Jurados aquellyo fazer fer no querran catada la persona del dito Senyor jurant e otro si que el Senyor de la dita lenya non faga sacrament sin de ha adueyto o no si ya a los Jurados bien visto no fues catada la persona del Jurant. Empero si la lenya sera grossa o sera levada una oliuera o mas que tal lenya sia aduerada por sacrament del Senyor por que mas vale una oliuera que otra e la razon

(1) Sobrescrito en letra cursiva: «e otras quales quiere bestias grossas».

que yes en los sarmientos de seyer taxados no puede hauer lugar en lenya grossa segun dito yes de la qual pena sia la tercera part del acusan e la tercera del Senyor de la vinya e la tercera de los Jurados e en senblant pena encorre aquell o aquella qui leuara antes o otra lenya rancada de vinya de otri diuididera segunt de suso. Item ordenaron que alguno o alguna no sea tan osado que buscallye sarmientos en las vinyas de otri ni plegue forquiellyas ni se lieue equellyas o aquellyos. E qual quiere persona que contra fara pague de pena a los Jurados dotze dineros e enmiende al Senyor el danyo dado.

DE PENA FURANCIUM PLANTAS

Item establieron que no y aya alguno o alguna por osado que sia que furte ad algun vezino de la dita çiudad aquellyas plantas o barbados que cada uno cria en su huerto o en otra heredad por replantarlas en otro lugar. E qual quiere qui furtando las ditas plantas sera trobado- si sera de dia pague de pena por cada barbado de vites o de otro qual quiere arbol seys dineros e de nueyt dotze dineros e aquel o aquella qui lo acusara aura dotze dineros de cada accusaçion e no sera dexelado.

QUOD NULLUS INCEDAT ARMATUS DE NOCTE

Item ordenaron que alguno de qual quiere ley estado o condicion sia no sia tan osado que de nueyt desque la campana del fuego sera tocada ande sienes de luç con armas vedadas ni sienes de armas e si lo fazia e trobado sera por los Jurados pierda las armas e pague çinco sueldos de pena a los Jurados- enpero con luç o senyal de fuego andando pueda leuar cuytiellyo manares o espada e espalderas si tanto que aquel dia mismo de dia las aura levadas E si tanto que leuara cuyraças cota de mallya espalderas bacinet o broquel en cara que lieue lumbré- por una de las ditas armas pierda todas quantas otras armas leuara enpero los Jurados si lo trobaran considerada qual sera la persona trobada le puedan tirar o leuar las ditas armas si a ellyos bien visto sera trobando lo asi con lumbré- las quales armas e pena sean de los Jurados.

DE PENA EXTRAENTIS COLLELLUM VEL ENSEM

Item ordenaron que qui quiere que dentro la çiudad o los muros viellyos de aquellya sacara cuytiellyo espada o manares contra alguno si ya no era en defension de si que pague de pena por cada uegada quaranta sueldos feyta querellya a los Jurados o no feyta de la qual pena sian los diez sueldos del querellyant e los trenta sueldos de los Jurados «e del comun de la çiudad partideros por yguales partes» (1) e si la pena no auia que iega vint dias en la presion del Senyor Rey la qual pena pueda seyer demandada e levada por los Jurados el querellyant cesando de la querella o no demandando o fiziendo aquella.

(1) Borradas con una raya las palabras que aqui aparecen entre comillas.

DE PENA VULNERANTIS ALIUM CUM GLADIO

Item ordenaron que qui quiere que dentro de la ciudat o los estancos o terminos ferira a otro con cuytiellyo espada lança dardo sayeta o con qual quiera otra arma si ya no era en defension de sí- e el ferido ficara eslesiado por la dita ferida que sia encorrido en pena de trezientos sueldos de la qual pena sia la tercera part del querellyant iniuriado e la tercera part de los Jurados e la tercera part del comun de la ciudat E si la dita pena no auia iagua Trezientos días en la presion del Senyor Rey ferrado e catado- e si la dita ferida seria menor asi que por aquella el ferido no fincas eslesiado el feridor sia en corrido en pena de çient sueldos diuididera segunt desuso- e si la dita pena no auia o pagar non podía o non queria que iaga çient días en la presion del Senyor Rey- e si lançara con dardo o con ballyesta o con otra arma o sacara el cuytiellyo espada o otra qualquiere arma e no en de ferra pague de pena diez sueldos al querellyant e trenta sueldos a los Jurados- las quales penas sian leuadas por los Jurados feyta querella a ellyos por lo Iniuriado o no feyta ni fazia demanda alguna en los ditos casos e qual quiere de aquellos los ditos Jurados puedan demandar e leuar las ditas penas ab integrament- e el Iniuriado sino se querella no aya part de las ditas penas mas la part a el tocant sia de los Jurados e si se querellyara el Iniuriado que aya la tercera part de la dita pena no renunciando o lizando aquella antes que sea levada.

DE EODEM CUM LAPIDE BACULO VEL PUGNO

Item ordenaron que si uno ferira a otro con baston piedra o punyo o boticax (1) con la mano a efusion de sangre que pague de pena çient (2) sueldos- e si la ferida no sería a efusión de sangre que pague de pena cinquanta sueldos distribuidera en qualquiere de estos dos casos a las personas contenidas en el supra proximo Inserto paramiento e si dara punyada caxalada o boticax á otro mellyor de si sia caydo en pena de çient (2) sueldos e sia a menor de sí en pena de cinquanta sueldos distribuidera segunt desuso.

DE PENA VIDENTIS VINUM AD MAYUS PRECIUM QUAM FUERIT INCOATUM

Item establieron e ordenaron que todo vezino o vezina de la ciudat venda su vino ad aquel precio que cridado sera o comenzado o a menor e no a mayor e que no lo pueda atallyar o meter tapon por vender aquel en la cuba ni en otra a mayor precio / empero de aquel vino pueda meter en otra cuba por trascolar o reconplir e retener de aquel en si tanto quanto querra por a beber a su casa en la dita cuba en do sera el vino comenzado á vender o en otra- e el vino trascolado areconplido en otra cuba pueda uender como mellyor pora- E qui contra las ditas cosas (3) o alguna de aquellyas vendra pierda el vino que por los Jurados sera trobado contra el present statuto el qual sia de los Jurados e consellersos.

(1) En el código más moderno dice *buffet*.

(2) Borrada la palabra *cient* y sustituida por *sixanta*.

(3) Aquí termina el manuscrito comenzado en el siglo XIV. La transcripción en adelante procederá del código más moderno.

DE PENA FORANORUM FACIENCIUM LIGNA IN TERMINO CIVITATIS

Item ordenaron que todo forano / o no haitant en la Ciudad que sera trobado faziendo lenya en el termino de la dita Ciudad que pueda seyer pindrado por el vinuegalo meseguero o por otra persona qualquiera de la dita Ciudad / e que la pindra no le sea rendida entro que haya pagado cinco sueldos de pena a los Jurados de la dita ciudad.

DE PENA LUDENCIUM A LA GRAZESCA

Item ordenaron que alguno no sia tan osado que dentro los muros de la Ciudad viellyos de dia ni de nueyt Juegue en casa cubierta a la grazesca ni a otro Juego alguno si ya no era a taulas hun dinero al iuego- sots- pena de uint sueldos saluo de la fiesta de la natiuidat entro a la fiesta de sant saluador e por toda la feria de la ciudad e posada de richo hombre mesnadero cauallero. Enpero en plaça pueda Jugar cada uno en qual quiere tiempo / e aquellya persona que dentro en su casa consentira Juego de grezesca / o / otro a dineros si ya no es de taulas e en los ditos tiempos encorra en la dita pena e qual quiere qui prestara al dito Juego sobre penyos / a / otri o en otra manera que pierda aquellyo- que aura prestado / e rienda los penyos quitos a su senyor- de la qual pena sian los cinco sueldos del acusant e los quinze sueldos de los Jurados- Excepto empero que pueda Jugar en qualque casa que vendera vino durant el tiempo de la venda del vino que sera en la tapierna.

Por la copia,

MARIANO DE PANO.

(Continuará.)

NOTAS

Pasó en España hace tiempo el furor colombista que la celebración del iv centenario del descubrimiento de América había despertado; surgieron entonces multitud de *especialistas de ocasión*, mas pasado aquel furor y perdidos nuestros dominios coloniales, apenas siguen dedicándose á las materias relacionadas con el descubrimiento de América contadísimas personas.

En el extranjero no cesan, en cambio, de aparecer publicaciones referentes á este asunto, y de una muy interesante da cuenta en buen artículo inserto en la *Rivista Storica Italiana* el Sr. Hugues: se refiere al nuevo libro de H. Vignaud sobre la autenticidad de la carta dirigida por el geógrafo italiano Toscanelli en 1474 al canónigo portugués Fernando Martín.

El documento en cuestión es de importancia extraordinaria en la génesis del descubrimiento de América, pues la mayor parte de los especialistas en estos estudios creen que uno de los móviles que principalmente movieron á Colón á buscar una nueva ruta para ir á las Indias, fueron los datos que consignaba Toscanelli en la dicha carta de la que el geógrafo italiano envió copia á Colón.

El Sr. Vignaud pretende demostrar que esa carta es apócrifa, que no ha existido semejante canónigo, y que la falsificación la hizo Bartolomé Colón á fin de desvirtuar otra de las versiones que corrieron entonces, y de la que los autores se hacen eco; esto es, que las noticias que movieron al descubridor á realizar su proyecto, las debió al piloto Alonso Sánchez, de Huelva, fallecido en la casa del genovés y de quien éste utilizó papeles y cartas.

En opinión del articulista, la tesis del Sr. Vignaud no aparece justificada en absoluto, mas servirá, según cree, para que en el asunto tomen parte los escritores dedicados al estudio de estas materias, y con la discusión se aclare ó se resuelva el problema: de todos modos, los reparos puestos por el Sr. Vignaud á la autenticidad del documento son de importancia y su libro es obra meritoria y plausible.—(E. I.)

* * *

Bejo el título de «Datos sueltos y documentos para una biografía de D. Jerónimo de Zurita», publica el Sr. D. Antonio Elías de Molins algunas curiosas noticias respecto al famoso cronista aragonés, en la *Revista crítica de Historia y Literatura españolas*, fascículo de Septiembre-Octubre de 1902.

Las noticias, sacadas de la Biblioteca nacional y de la Colección Salazar, que está en la Real Academia de la Historia, son muy curiosas y nuevas, pues no aparecen ni en la biografía de Zurita que publicaron Dormer y Urtarróz en 1680, ni en la edición que de dicha biografía publicó la Diputación provincial de Zaragoza en 1878.

También comienza en este fascículo el Sr. Elías de Molins, la publicación de fragmentos de cartas dirigidas por el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola al licenciado Martín Miguel Navarro, canónigo de Tarazona.—(E. I.)



RECUERDOS DE MI VIDA

CAPÍTULO XVI

(CONTINUACIÓN)

Vuelta al estudio.—Matricúlome en dibujo.—Mis profesores de Retórica y Psicología.—Impresión causada por las enseñanzas filosóficas.—Una travesura desdichada.—En busca de aventuras.

Había transcurrido un año de mi vida zapateril cuando mi padre, satisfecho del experimento moral y considerándome curado de mis delirios idealistas, dispuso mi vuelta á los estudios. Ofrecíle sinceramente aplicarme á condición de que me consintiese matricularme en dibujo, asignatura perfectamente compatible, á mi juicio, con la cultura clásica, y sobre todo con el estudio de las ciencias físicas y naturales. Accedió por fin, no sin escrúpulo, á mi ruego, y para garantizar mi quietud y formalidad en lo futuro, asentóme de mancebo en la barbería de un tal Borruel, situada en la plaza de Santo Domingo. Si mis recuerdos no mienten, tocóme cursar aquel año Psicología, Historia sagrada, Latín y Retórica y Poética.

Según adivinará el lector, en cuanto empezaron las clases me entregué con ardor infatigable al dibujo. Pronto pasé de la pepi-

toria fisionómica (ojos, narices, bocas) á las cabezas completas y aun cuerpos enteros. Trabajé con tan furiosa actividad, que antes de los tres meses agoté la colección oficial de cuadros litográficos. Mi profesor, D. León Abadías, en vista de tan extraño caso de locura gráfica, puso galantemente á mi disposición sus colecciones privadas de dibujos, que me consentía llevar por turno á casa para trabajar durante las interminables veladas del invierno. Fiesta deleitosa del espíritu y embeleso de mis sentidos resultaba para mí la citada labor, en la cual me pasaba, sin conocer la fatiga, las noches de turbio en turbio y los días de claro en claro, ocupado en admirar y copiar religiosamente las nobles líneas de los dioses y héroes griegos y la expresión dulce y beatífica de las espirituales madonas de Rafael y de Murillo. Aquella embriaguez era la satisfacción del ciego instinto pictórico que aspiraba á ser arte verdadero y consciente; el deleite supremo del amador de lo bello que, extraviado por falta de guía y norma en la contemplación de lo imperfecto, sacia por fin su sed de ideal en las puras corrientes de la hermosura clásica.

Nada bastaba á mi lápiz infatigable. Viendo D. León apurados sus cartapacios, ascendíome á copiar del yeso y del natural, y por último tanteó mis fuerzas en la acuarela. Quedó satisfechísimo de mis trabajos, considerándome—según declaró más de una vez—como el discípulo más brillante de cuantos habían pasado por su Academia. Tan lisonjero juicio llenóme de noble orgullo. Según era de esperar, llegados los exámenes, galardonó mi celo y laboriosidad con sobresaliente y premio. Pero mi excelente maestro hizo más aún en mi obsequio; se tomó la molestia de visitar á mi padre en Ayerbe, á quien instó encarecidamente para que, sin vacilar un momento, me consagrara al hermoso arte de Apeles, en el cual me esperaban, en su sentir, triunfos halagadores. Arrastrado por su cariño, y decidido á arrancarme para siempre á las galeras de la profesión quirúrgica, extremó los elogios al catecúmeno..... pero todo fué en vano. Imposible fué persuadir al autor de mis días de que en las inclinaciones artísticas de su retoño había algo más que pasajero diletantismo.

No obstante mi locura reproductiva, estudié también con algún provecho la Retórica y Poética, asignatura que se compadecía muy bien con mis gustos y tendencias. El retórico D. Cosme Blasco, joven maestro de formas docentes, suaves y atildadas, bajo las cuales se ocultaba un carácter enérgico y entero, poseía el arte exquisito de hacer agradable el estudio, y el no menos valioso de estimular la aplicación de sus discípulos. Preguntábanos

la lección á todos; tomaba nota diaria de las contestaciones, y con arreglo á ella nos ordenaba en los bancos. Yo salía casi siempre airoso de las conferencias; pero á despecho de mis buenos deseos, no conseguí pasar nunca del segundo ó tercer lugar. El puesto de honor era alcanzado siempre por alguno de esos estudiantes que, á la aplicación y despejo de los mejores, juntan una viva retentiva verbal y saben recitar de coro largos pasajes latinos y castellanos. Ese don exquisito que los psicólogos modernos llaman *memoria espontánea ú orgánica*; esa capacidad de retener sartas inacabables de voces inconexas; ese precioso capital orgánico, archivo de la razón, descanso de la atención y del juicio, facilidad y expedición del trabajo intelectual, ha sido precisamente el atributo en que la naturaleza se ha mostrado conmigo más avara. Mi facultad de retener corresponde casi exclusivamente á la *memoria constructiva ó sistemática*, que se nutre con la atención y asociación, y opera solamente á condición de establecer una concatenación natural y lógica entre las nuevas y las antiguas adquisiciones. Tan desgraciado he sido bajo este respecto, que jamás pude recitar al pie de la letra una plana de un texto científico ó literario. Logro, es cierto, retener con relativa facilidad las ideas y hasta el orden de exposición; pero al evocarlas en la mente, su vistoso ropaje verbal se descompone y cambia á veces tanto, que no las reconocería su propio autor. Compruébase en mí, de exagerada manera, una nota ó propiedad de la reviviscencia de las ideas bien estudiada por Wundt, á saber: que el recuerdo no es una simple copia de la percepción, sino un nuevo acontecimiento psíquico, el resultado de una síntesis especial que entraña elementos añadidos á la imagen reproducida y carece de otros en ella contenidos. La conciencia de tan desdichada imperfección no dejó de contribuir á desanimarme del estudio, y, tiempos adelante, fué causa también de que me apartara sistemáticamente de las ocasiones de hablar en público, renunciando á toda pretensión oratoria. ¿Ha sido esto un bien ó un mal para mi carrera?

Por mal y gravísimo lo reputé siempre; pero hoy, mirando las cosas de más alto, considero mi deficiencia mnemónica como una fortuna. El talento oratorio—que se nutre como es sabido en el terreno de una gran memoria verbal—como la hermosura, representan para sus poseedores una invitación perpetua á la tiranía y á la holganza. Decía Cánovas, con mucho gracejo, que la vieja definición de orador "*vir bonus dicendi peritus*," debía ser sustituida por esta otra: "el que es capaz de hablar bien de lo que no

entiende... Y pudo añadir que muchas de nuestras celebridades oratorias, al verse aplaudidas cuando saben poco del tema, acababan por acostumbrarse á ignorarlo por completo. Por el contrario, cuando no se puede ser baratamente elocuente, hay mucho camino andado para resultar laborioso; y ocurre además que la voluntad, en pugna con la rebelde deficiencia verbal, procura compensarla, desenvolviendo otros territorios cerebrales más dóciles y propicios al acicate de la atención y al buril modelador de la labor intensiva. Estoy persuadido de que, dadas mis tendencias románticas, mi manía razonadora y el ansia de originalidad y aplauso, una regular facundia y una memoria de voces ágil y despierta, me hubiera convertido sin remedio en uno de tantos floridos, inconsistentes y paradójicos oradores, plaga de ateneos: polilla de comisiones y cabildos y vergüenza y rémora de nuestra política.

Con harto menos provecho, por falta de adecuada disposición del ánimo, estudié la Psicología, Lógica y Ética. Nuestro profesor, D. Vicente Ventura, era un maestro docto y celoso, cuya voz ronca y nasal deslucía un tanto la brillantez de sus lecciones. Penetrado de profundo sentimiento religioso (que le impulsaba á postrarse horas enteras en la catedral con los brazos en cruz y el alma en éxtasis), sus palabras traducían la robusta fe del sacerdote más que la crítica fría del filósofo. Era, ante todo, D. Ventura el orador de tonos ciceronianos, de retórica colorista y pomposa, de períodos rotundos, de vibrantes apóstrofes rugientes de apostólica indignación contra el error materialista y la impiedad protestante. Ferviente admirador de la escolástica, para él no habían existido sino dos grandes genios filosóficos: Aristóteles y Santo Tomás. De vez en cuando, arrastrado por su fogosidad de tribuno, se exaltaba, poniendo como chupa de dómine á Locke, á Condillac, y sobre todo á Rousseau y á Voltaire. Ignorante yo de la vida y milagros de dichos filósofos, me dije más de una vez, ¿qué le habrán hecho estos señores á D. Ventura para que los apostrofe tan duramente? Y fué lo peor que, á fuerza de execrar y maltratar á los racionalistas, casi nos resultaban simpáticos.

Arma difícilísima de esgrimir es la indignación retórica. A poco que se extremen los adjetivos denigrantes, la verosimilitud nos abandona; el crítico se convierte en sectario y el criticado en víctima inocente. Los ardientes panegiristas de la filosofía ortodoxa harían bien en recordar el *trop de zèle* del diplomático francés y la ley psicológica de la *inversión de los efectos*, comparable á la fisiológica de la producción de las imágenes visuales negati-

vas. Nada más inhábil que este lenguaje de invectivas con que nuestros publicistas filósofos tratan á los panteístas, y señaladamente á positivistas, materialistas y socialistas. Como si el tener razón dispensara de usar caridad y amor con los adversarios, no se les caen de la boca los epítetos de imbécil, cretino, grosero, brutal, rastrero, execrable y vil. Con cuyos imprudentes calificativos se consigue á menudo aguijar la dormida curiosidad del oyente que, asombrándose de la importancia concedida á los paladines del error, acaba por preguntarse: "pero ¿qué diablos de doctrinas habrán propalado esos herejes y con qué argumentos las habrán apoyado? Me gustaría saberlo... ¡Y en efecto... se llegan á saber!

Más de una vez he pretendido inquirir los móviles de esa instintiva aversión que sentimos hacia nuestros adversarios en ideas y sentimientos, y no he conseguido esclarecerlos satisfactoriamente. Pienso que todos tenemos un entendimiento bueno ó mediano, que se nos ha dado para formar una imagen lógica del mundo. Supongamos que la representación resulta borrosa, incompleta ó incongruente, ¿hay en ello motivo para aborrecernos y vilipendiarnos? Si fuéramos fotógrafos, ¿perseguiríamos á un compañero de oficio que, al enfocar un monumento, escogiese punto de vista diferente del nuestro? Si tal hiciéramos, probaríamos que la causa de la hostilidad no es el posible mal gusto del copiante, ni el empleo de objetivo mal corregido, sino más bien la pérdida de la exclusiva fotográfica á que nuestro cándido egoísmo aspiraba.

Varias son, en mi sentir, las causas de esta inquina sectaria. Una de ellas es el orgullo. Las fibras más delicadas del amor propio se irritan dolorosamente cuando vemos irreverentemente discutida nuestra pretendida infalibilidad y menospreciada la alta opinión que de nuestra capacidad para hallar la certeza en filosofía, en religión ó en política hemos formado. A este enojo de majestad ofendida suele juntarse el provocado por una consideración harto más terrenal y utilitaria: el temor de perder nuestras sabrosas temporalidades. Habitados á enlazar las ideas con los provechos y á tarifar las doctrinas como las mercancías, temblamos ante la sola sospecha de que el medio moral nos abandone (por considerarnos cual venerables reliquias de un modo de ideas extinguido) y tengamos que vegetar obscura y tristemente en el seno de multitudes hostiles é incapaces de comprender y premiar nuestras hondas lucubraciones.

Además de estos motivos egoístas, tengo para mí que influye

no poco también la pésima educación que se nos da. Puesto que la tolerancia es un sentimiento social desarrollado en razón directa de la civilización de los pueblos, fuerza es convenir en que las aficiones inquisitoriales del alma española representan, en el fondo, el resultado de una defectuosa dirección de la voluntad y de una bochornosa ignorancia. Digo ignorancia, y no atenúo la expresión, porque solo quien se paga de sugerencias y no de pruebas; quien de puro frívolo y esclavo del pensamiento ajeno, no se detuvo jamás á reflexionar sobre las dificultades casi insuperables con que la razón tropieza para forjar una hipótesis plausible y verosímil acerca del inextricable mecanismo del mundo y de la vida, es capaz de odiar al desdichado que, perdido en la tenebrosa selva de la metafísica, tomó vereda aparte ó acabó por extraviarse falto de guía ó de luz intelectual suficiente. En la hora solemne de escudriñar el augusto misterio de las cosas, es deber inexcusable de quien se precie de filósofo imponer silencio al salvaje y al industrial que todos llevamos dentro, como triste legado de bárbaras edades. Caridad, reflexión, buena crianza; tales son los infalibles remedios contra las malas palabras y los injustos sentimientos. Inquietémonos de la acción y no de las ideas, y dejemos á cada cual libre de formar del universo el esquema teórico que convenga mejor á su genio intelectual.

Tratándose de un trabajo autopsicológico, no podemos dispensarnos de apuntar algo, siquiera sea de pasada, acerca de las ideas suscitadas por el estudio de la psicología, lógica y ética. Plantéan estas ciencias, según es notorio, los problemas más arduos de la vida y del espíritu. Y siempre es instructivo averiguar qué posición adopta enfrente de éstos la juvenil é inexperta razón de los 16 años. Ciertamente, no es llana empresa recordar y definir puntualmente estados de alma fugitivos y borrosos por atención insuficiente; revelar en la pizarra cerebral, donde tantas cosas han sido escritas después, los inciertos trazos de las viejas ideas y emociones. Explorando con amor en esas remotas formaciones del espíritu, que por lo antiguas y negras podrían llamarse sus *estratos carboníferos*, é intensificando con un poderoso esfuerzo de atención retrospectiva las vagas reminiscencias en ellos impresas, creo poder asegurar que el efecto de la iniciación filosófica fué múltiple: sentimiento de asombro por la multitud de escuelas filosóficas; dudas acerca de la identidad del hombre como creador de sistemas; desconfianza de la razón como órgano del conocer; extrañeza enfrente del idealismo, etc., etc. Expondremos aquí, en desorden, algunas de estas impresiones, las cuales—ocioso es

declararlo—serán interpretadas según nuestros recursos expresivos de hoy, y no según el fragmentario léxico de nuestra niñez.

Pluralidad de escuelas filosóficas.—He aquí el soberano, el terrible argumento del escepticismo, argumento que jamás deja de asaltar alguna vez, aun á los espíritus más dóciles á la voz de la tradición: “Puesto que hay muchas religiones, una debe ser verdadera ó todas falsas; existiendo muchas filosofías, será una legítima ó quizás ninguna. Casualidad notable, aunque no cosa imposible, sería que nuestros maestros y no los de otras naciones y razas estuvieran en lo cierto..” Confieso que la revelación de la pluralidad de las teorías explicativas del hombre y del mundo, y su irreductibilidad á una fórmula común, me inquietaron durante algún tiempo.

“¿Cómo es posible—me decía—que en tan importante negocio no haya unanimidad de pareceres? En presencia de problemas tan grandes como la inmortalidad del alma, el origen del mal y la finalidad de nuestra especie, ¿cómo no existe un *consensus unus*, una orientación general de las inteligencias hacia el polo de la verdad? ¿Es que el sentimiento y el instinto valen más que la razón para llegar á la certeza? Entonces, ¿quién otorgó á este falible guía el título de oráculo irrecusable? El animal, bajo este respecto, aventaja al hombre: ve poco, pero ve claro. Su instinto no se equivoca, porque gobierna solo; mientras que en nosotros reinan dos autócratas: el instinto y la razón, los cuales obran tarde y mal, por gastar sus energías en disputarse el mando y en ponerse de acuerdo. ¿Por qué nuestro hermoso credo religioso y filosófico no es la obra mecánica de un instinto? ¡Cuán hermoso sería que el Supremo Hacedor hubiera grabado indeleblemente en la conciencia, bajo fórmulas universales y luminosas, la génesis y mecanismo del cosmos y los imperativos de la voluntad! ¿Qué le hubiera costado? Unas cuantas células nerviosas dispuestas en sistema, asociadas para coordinar dinámicamente una sucesión de actos mentales... El sol al herir nuestra retina provoca por acto reflejo el cierre de los párpados y la sensación de deslumbramiento; en nuestro filósofo mecánico evocaría además, en el escenario del sentido interno, la teoría del sol y las fórmulas de la transformación de la energía..”

Pero lo que más me impresionó fué que todas las escuelas parecían tener razón; todas se apoyaban en la lógica; todas se creían infalibles ó irrefutables; todas, en fin, eran defendidas por hombres de sólido saber y de soberano entendimiento.

¿Cuál es la causa de esta diversidad de doctrinas? Mi profesor

salía fácilmente del atasco atribuyendo las herejías, así como la obcecación materialista y escéptica, al orgullo y malas pasiones de los filósofos, justificando así el conocido dicho de Erasmo de que todas las heterodoxias paran en casorio. Empero semejante imputación no me parecía justa. Cabe, en lo posible, que un escritor sostenga durante su juventud, por frívola petulancia ó pueril alarde *d'esprit fort*, una doctrina á todas luces errónea; pero obstinarse en ella hasta su ancianidad, atrayéndose la animadversión de los contemporáneos y creando á los suyos desagradable situación moral, paréceme cosa incomprensible. Y suponiendo que el filósofo erró por móviles pecaminosos, ¿cómo pudo abrigar la ilusión de que su vano sistema le absolvía de toda responsabilidad ante Dios? ¿Quién será tan mentecato que arrostre la condenación eterna por la pueril vanidad de propalar doctrinas desprovistas hasta del mérito de la originalidad, toda vez que, según se sabe, fueron inventadas y claramente formuladas por los filósofos antiguos?

Y de conjetura en conjetura, vine á parar á una hipótesis anatómica muy poco original, sugerida probablemente por alguna lectura ó acaso por las conversaciones de mi padre, gran partidario del organicismo.—¿No podrán—me dije—explicarse las susodichas divergencias de los criterios filosóficos por diferencias orgánicas individuales? ¿Estamos bien seguros de que el *homo sapiens* constituye una sola especie intelectual, de que el cerebro humano está vaciado en el mismo molde?

¿Cómo explicarnos si no, que la razón de los unos dispute el dogma como obra divina, y la de los otros cual obra humana? ¿Cómo la existencia de escépticos? Parece, pues, que el Supremo Artífice, para variedad y armonía del mundo intelectual, ha creado: águilas del pensamiento capaces de cernerse en las alturas de la abstracción, desde las cuales se divisan bien las ideas platónicas, los eternos modelos del mundo inteligible, pero se ven mal las realidades concretas, como observadas al través de nieblas y celajes; y las modestas y casi ápteras gallináceas del mero buen sentido, con ojos hechos á mirar á la tierra, y cuya retina intelectual sólo puede registrar las macizas realidades del mundo geométrico, la *res extensa* de los cartesianos. Por lo demás, este dualismo intelectual señalado por varios filósofos fué ya expresado, de maravillosa manera, por el genio de Rafael en su célebre cuadro de la *Escuela de Atenas*.

Obscuridad del lenguaje psicológico.—Gran sorpresa me causó lo abstruso y recóndito de la jerga metafísica. En las ciencias his-

tóricas, físicas y naturales, en matemáticas, etc., toda afirmación va seguida de confirmación ó de prueba. Cuando en las demostraciones geométricas los términos son bien comprendidos y la atención ha seguido fielmente, sin distracciones ni paradas, la cadena de los silogismos, la certeza se impone á la razón de un modo absolutamente obligatorio, creando de pasada en la esfera sentimental una tranquilidad absoluta acerca de la extensión y eficacia de nuestra capacidad cognoscitiva.

No me pareció que ocurría lo mismo en las llamadas ciencias del espíritu. Sería injusto negar que la psicología encierra también verdades evidentes. Por menguada que fuera entonces mi *sindéresis*, hube de comprender que todos los fenómenos inmediatamente atestiguados por el sentido íntimo son tan ciertos y positivos como los teoremas geométricos. Pero esta confianza me abandonó al abordar las teorías. En cuanto mi profesor, saliendo de la esfera puramente empírica, se elevaba en alas de su fantasía creadora á las altas regiones de la especulación pura, y trataba de justificar las doctrinas corrientes tocantes á la naturaleza del espíritu y á la esencia de sus llamadas facultades y operaciones, vi con extrañeza que el terreno cedía y que caminábamos á tientas en medio de impenetrables tinieblas. Noté con estupor que muchos asertos eran afirmaciones sin pruebas; otros representaban meras alegaciones del deseo; algunos hallaban su fundamento en hipótesis necesitadas á su vez de confirmación; y, en fin, no pocos me parecieron incomprensibles é inimaginables, cualquiera que fuese mi esfuerzo de atención y mi conocimiento del sentido de los términos.

¡Cuántas proposiciones pasaron sin dejar huellas por mi memoria, por no haber dado asidero á la razón! Curioso é instructivo libro podría escribirse con las teorías que, por falta de madurez de juicio, no suelen entender los chicos, con las doctrinas ininteligibles por defecto de claridad del lenguaje pedagógico, y con los conceptos que los maestros aseguran formalmente comprender siendo realmente incomprensibles!

Reflexionando acerca de la formalidad con que muchos dicen entender lo ininteligible, y otros aseguran ver turbio lo más evidente, me he persuadido de que los hombres no *sentimos* del mismo modo las palabras.

Entre las idiosincrasias filosóficas, hállanse, abstracción hecha de las individualidades armónicas y superiormente dotadas, dos tipos dialécticos que, por ser muy comunes, no osaré llamar patológicos, aunque tienen algo de anormal. Ambos se podrían cali-

ficar de fetichistas; pero el uno padece la superstición de las palabras abstractas, y el otro el de las concretas.

El fetichista de los universales y de las voces abstractas se reconoce en que, por movimiento instintivo, asocia á toda expresión vaga, contradictoria ó paradójica, una objetividad maciza y casi hipertrófica. En estas místicas naturalezas, las palabras *eterno, infinito, inmenso*, etc., suscitan una cierta emoción religiosa comparable á la que sentían los paganos junto al trípode sagrado. Misteriosas resonancias; rumores de vida honda y lejana; azules y vagas lontananzas; profundidades de abismo... todo esto y mucho más evocan en la mente de dichos fetichistas los citados vocablos, los cuales al pasar por la imaginación pierden su nativa vacuidad, su carácter de tono negro de la cromática del juicio, para hincharse y dilatarse cual globo gigantesco, desbordante de substancialidad. Para estos tales, las proposiciones más vulgares ó simplemente contradictorias, como hayan sido formuladas por eximias autoridades filosóficas, se convierten en símbolos misteriosos ó encierran un hondo é inexcutable sentido.

En el contrario defecto caen los *fetichistas de lo concreto*. Repugnan los conceptos excesivamente abstractos y generales, que juzgan mero verbalismo, inconsistentes creaciones de la fantasía despojadas de toda especie de objetividad. Recelan del lenguaje metafórico, porque saben cuán propensos somos á dar imágenes por demostraciones. Temerosos de ser sorprendidos, demandan á cada postulado sus títulos, á cada hipótesis su razón de ser. Complácense en arrancar la careta con que el sentimiento suele disfrazarse de razón, y los velos misteriosos que envuelven la causalidad metafísica, que truecan, naturalmente, en causalidad mecánica.

Todos tenemos durante la adolescencia y juventud algo de estos dos temperamentos mentales, pero con libraciones preferentes hacia el uno ó el otro. Yo gravité á menudo hacia el segundo, quizás por instintiva acomodación á lo sencillo, á lo que no exige grandes esfuerzos, acaso también por imposición de mis gustos artísticos y de mi culto pagano de la forma. Inspirábanme gran desconfianza las nebulosidades del lenguaje y los enrevesamientos y recovecos de la dialéctica. Al seguir en el texto un largo razonamiento metafísico, asaltábame el miedo de tomar las palabras por ideas, de caer en la ilusión tan frecuente de suponer hondo donde se ve negro ó no se ve nada. Mucho antes de conocer los libros de Bain y de Spencer, he necesitado hacerme gran violencia para conceder valor á las hipótesis inconcebibles y á las

proposiciones que, por alguna de sus faces, muestran predicados contradictorios. ¿Se me anunciaba una explicación representable bajo alguna forma sensible? Pues admitía de buen grado su posibilidad, ya que no su realidad. ¿Antojábaseme el supuesto inimaginable? Pues declaraba ingenuamente no entender la doctrina, y expresaba además el recelo de que se me engañase, abusando de mi candor, con la prestidigitación de los sofismas. ¿Terquedad de espíritu? ¿Incapacidad filosófica? Puede ser.

Esta repugnancia instintiva por el dogmatismo y las teorías excesivamente abstractas y unitaristas ha persistido en la edad viril, y explica la antipatía que sentí más adelante contra los osados constructores de vistosas torres dialécticas, los arrogantes paladines de los sistemas *a priori*, los Schelling, Krause y Hegel, á quienes no me atreveré á calificar con Schopenhauer *farsantes de la filosofía*, pero de cuya obra opiné y opino todavía que representa el abandono del verdadero método filosófico creado por Aristóteles, y un lamentable retroceso en la marcha del espíritu humano.

Pero dejando á un lado esta cuestión crítica, vamos á citar un caso que dará idea de la aversión con que, ya de adolescente, miraba toda noción obscura ó contradictoria. Consígnase, según es notorio, en nuestros libros de texto (el Monlau por ejemplo) esta proposición: que el alma en el acto de la introinspección es á un tiempo sujeto y objeto, es decir, que tiene conciencia de sí, y por tanto se mueve á sí propia: *vis sui motrix*, según la tan celebrada cuanto paradógica frase de Platón.

¿Cómo,—exclamarán mis lectores, y más si son un poco metafísicos—tan limitado es usted que no entendió cosa tan llana? ¡Pues si todo el mundo la admite, y además la citada proposición representa pura y simplemente la expresión de un hecho de conciencia! Conformes. Ni desconozco tampoco que el fondo del asunto entraña un transcendentalísimo problema filosófico: el de saber dónde acaba el sujeto y comienza el cerebro, y cuáles son por tanto las operaciones propias de cada uno.

Pero abstracción hecha de la gravísima cuestión de la naturaleza del sujeto y de sus relaciones con el cuerpo, ¿quién osará negar que la citada proposición implica una contradicción de términos merecedora por lo menos de distinguos y aclaraciones? ¿Cómo no se ha de desconcertar el alumno medianamente pensador, al decirle que el alma en algunas de sus operaciones resulta efecto de sí misma; con lo que se destruye un postulado indeclinable de la noción de causalidad, esto es, la individualidad del agente y

del paciente, y la separación entre el motor y la cosa movida? Aferrarse á la legitimidad de este enunciado contradictorio vale tanto como sostener que el telescopio, en vez de retratar los astros, se retrata á sí mismo; que la espada puede herir su propia punta; que la flecha disparada del arco se clava en su propio hierro. Concíbese que una sustancia pueda ser causa de un fenómeno y efecto de otro; pero declarar que existen causas que son efectos de sí mismas, destruir la inevitable dualidad de términos y de sustancias que la noción de causalidad implica, es pagarse demasiado de palabras ó apartar sistemáticamente la atención de la invencible dificultad.

Aquí debe haber algo oscuro, algo no meditado bien—me decía.—Pero mi instinto crítico, todavía rudimentario é inexperto, no podía desatar el nudo; sentía repugnancia y nada más.

Actualmente, después de conocer la doctrina kantiana acerca del sujeto, y los excelentes análisis de los positivistas críticos sobre la incognoscibilidad del *yo*; después de haber estudiado el aspecto biológico de la cuestión, sobre el cual tanta luz han arrojado los experimentos y conclusiones de la fisiología y patología, opino que la mencionada confusión nace del error, común á la mayoría de las escuelas filosóficas, de considerar las percepciones, las ideas, los juicios, en fin, todos los acontecimientos de la vida consciente, como esfera propia del *yo*, cuando en realidad son todavía prolongación del mundo exterior, del *no yo* de los idealistas. Sólo en fuerza de una propensión instintiva, de una ilusión inseparable de la visión interna, calificamos de *mundo exterior* las operaciones del cerebro sensorial, y de *yo ó mundo interior* las operaciones del cerebro de ideación (*centros de asociación* de Flechsig).

En mi modesto opinar, tan mundo exterior es el *substratum* nervioso que conserva los recuerdos de las excitaciones pasadas y colabora en las altas operaciones intelectuales (categorías, ideas, etc.), como el que se limita á presentar á la conciencia las excitaciones actuales ó intuiciones sensibles recogidas por los sentidos. El sujeto *no piensa, pues, sino que asiste al pensamiento*; sigue y contempla en cierto modo los procesos que en el cerebro se suceden, y en virtud de su capacidad de actuar (única cosa que sabemos de él), atiende, clasifica, separa y combina las nociones é ideas, derramando la luz y la sombra, la actividad ó el reposo por todo el ámbito de la conciencia. Afirmar que el espíritu se contempla á sí mismo, vale tanto como decir que *tenemos sentido para la substancia*, que somos capaces de aprehender el enigmá-

tico *noumenon* de Kant, el oculto protagonista de nuestros actos mentales.

Sólo de esta suerte desaparece la contradicción, aunque naturalmente no se disipa el insondable arcano. Únicamente así se salva el sujeto de la ruina con que le amenazan los mil hechos fisiológicos y patológicos (locura, destrucción de la memoria, del juicio, del razonamiento, dobles y triples personalidades, etc.), los cuales acreditan que el cerebro no es el grosero instrumento de la más baja mentalidad, sino el *substratum* de las más altas operaciones psíquicas, el representante de la naturaleza cerca del espíritu, el exclusivo intermediario entre la incógnita interior y la incógnita exterior. Mundo y copia del mundo, ideas y combinaciones de ideas, son probablemente átomos en movimiento; solo del *yo* no podemos afirmar esto, ó por mejor decir no sabemos qué pensar.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

(Continuará.)

CANTARES URBANIZADORES

A los que van para alcaldes
voy á echales unas coplas,
pa que las tengan presentes
cuando les llegue la hora.

Zaragoza, Zaragoza
muy maja te estás golviendo
pero aun te falta una cosa,
que el Rabal llegue al Paseo.

Hay una piedra en metá
de la plaza del Portillo,
que dice cosas muy gordas
de muchismos municipios.

Callecica del Portillo
qué güena falta que te hace
uno que te meta el Coso
por la metá de la calle.

Sofé antiyer que Lanuza
cansau de ver si llovía,
golvió la mano y p' ayuda
de su pedestal, pidía.

Al Mercau de Zaragoza
no se le ve bien la cara
que hay una calle mu vieja
que piensa siempre tapala.

PAULINO UGARTE.

EXCURSIONES PIRENAICAS

CAPÍTULO X

El sumidero del Tort

Rendidos por el insomnio y no hallando postura cómoda para descansar, abandonamos el lecho esperando el instante de alejarnos de las caldas.

En la puerta del establecimiento se encontraba Sierco, el sufrido y único bañero, el poseedor de las historias de muchos bañistas y de la vida accidentada del balneario; él fué quien nos acompañó á la fuente del bosque después de vadear el Tort por la baja palanca del río; á un extremo, semejando una escultura bronceada está Sisco en persona, tipo primitivo de aquellas selvas, vestido con mugrienta barretina, calzón corto y abarcas de cuero, figura de quien apartaban la vista cuantos lo veían y cuya repulsión él aprovechaba acosando al viajero con la sempiterna petición de que le alargaran «una peseta para espartañas», siendo poco menos que imposible el evitar su contacto ni dejar de ver la suciedad de sus delgadas manos provistas de larguísimas uñas, si no se le daba alguna moneda.

Después de visitar el abundante manantial que se oculta entre la frondosidad del arbolado, regresamos al establecimiento, donde ansiosos me esperaban, por ignorar adonde había ido yo, mi compañero, el guía y el criado. ¿Qué hacemos?, me preguntó el Sr. Sanza por todo saludo matinal; lo que usted quiera, hubé de contestarle.

Saldamos la cuenta con el guía, ensillaron los mulos y después de pagar los deseos de cenar y de dormir, nos pusimos en marcha. Cuando empezábamos á doblar la curva que cierra el vallecito y hacíamos comentarios del escandaloso precio exigido, puesto que ocho pesetas por individuo, en tan malas condiciones, no se pagan ni en las playas más aristocráticas, observamos que nos llamaban á grandes voces para que suspendiéramos la marcha; presuroso llegóse hasta nosotros un de-

pendiente del establecimiento, la fatiga de la corrida casi no le permitía expresarse, por lo que le interrogamos que qué es lo que le ocurría. Que no han pagado ustedes la paja, nos contestó. Y cuánto vale paja y cebada y estar á cubierto los machos. Pues como á ustedes, á 8 pesetas cada uno.

Esto era el colmo, y no obstante recibió, sin propina, lo que reclamaba y nosotros tuvimos motivo para murmurar de nuevo la ocurrencia y el infernal alojamiento de que disfrutamos, sirviéndonos de consuelo el pensar lo que nos hubiera ocurrido si en vez de tener por compañero el dios de aquellas montañas hubiera sido el demonio de la región.

El recuerdo de otro episodio ocurrido en aquel mismo sitio nos decidió á continuar hasta las Cabanayas sin detenernos ni en Bohí ni en Tahullt, ni en Erilavall, pueblos que forman una recta, y poco distantes uno de otro en aquellas alturas del Pirineo.

En nuestra primer visita á los baños de las Caldas de Bohí nos sucedió lo siguiente. Hallábase el pescador de que hicimos mención en las llasstras de Artías examinando los remolinos que forma el agua del río al despeñarse, para lanzar el cebado anzuelo que había de apresar la trucha, pasábamos por un sendero próximo á donde él estaba y le suplicamos que nos cediera el mayor número de las que pescara hasta nuestra vuelta, adquisición que agradeceríamos por ser días en que las familias estiman más el pescado; (era Semana-Santa). Efectivamente, al retorno de nuestra inspección nos brindó con las que tenía, y no siéndole posible devolvernos el sobrante de la moneda que le entregábamos, nos autorizó para que hiciéramos efectivo el valor en el estanco de Bohí; allí fuimos á satisfacer la cuenta. Advirtió el vecindario nuestra llegada por las pisadas del trote de los mulos á desusada hora, y en un momento quedó el pueblo, al parecer, desierto; penetraron en sus casas que cerraron tras sí con estrépito en señal de alarma, excitando nuestra curiosidad, y el estanquero se encargó de explicar el motivo de nuestro arribo. Con la mayor naturalidad nos dijo, es por ustedes. Tomámoslo á broma, ya que ni nuestro aspecto, ni la carencia de armas, ni la hora en que pisamos las calles de Bohi eran para infundir sospechas, pero él continuó diciendo: fuera de la estación veraniega no visitan estos pueblos más que campesinos conocidos en la comarca y la presencia de personas que visten otro traje diferente del país, significa que el recaudador de contribuciones ó el juzgado de instrucción de la cabeza del partido va á embargar á algún vecino; el medio que consideran hábil para que no puedan realizarlo ó dar largas hasta que les acompañe la guardia civil, es encerrarse en su casa y no dar contestación.

Entonces nos explicamos no sólo lo ocurrido, sino que no había exageración con lo que nos refirió del atraso de aquellas gentes el ilustrado misionero P. Santaforta, oriundo de Bohí. Si yo, en vez de tener vocación por la Iglesia, nos decía, me hubiera dominado la pasión del

interés material, presto estaba hecha mi fortuna sin grandes dispendios ni sacrificios; bastábame con cubrir de harapos á algunos de mis vecinos y recorrer con ellos las poblaciones más importantes de Europa, llevando la documentación en que acreditara que eran españoles y de la raza ponderada por Robert para que las visitas que produjera la curiosidad fueran innumerables. Sus movimientos, los sonidos guturales é inarticulados, la excesiva suciedad, los luengos y enmarañados cabellos, sus descomunales uñas y el colorido de su tez, patentizaban de manera concluyente una procedencia semisalvaje.

Abandonamos á Lainsa y San Clemente, barriadas pertenecientes á Tahull que limitan con Aran, para internarnos en la ribera de San Nicolás, poblada en otro tiempo de gigantescos árboles, que destruyó en parte un italiano llamado Patoquí, como luego diremos.

Al comienzo de la desembocadura del barranco que dá nombre á la ribera, se encuentran restos de construcciones mineras que utilizaban para depósito de las galenas que allí se empezaron á explotar y que por las dificultades de acarreo fueron abandonadas.

El pueblo de Bohí, perteneciente al distrito de Barruera, poseía entre sus montes uno que llamaban de San Nicolás, en donde los pinos y los abetos eran tan grandes y tan abundantes que no se conocían mayores en el resto de la provincia, á pesar de sus abundantes bosques. Sosteníase por aquel entónces litigio sobre su mejor derecho á la propiedad, entre los del pueblo de Bohí y el conde de Erill; mientras duraba el ruidoso pleito y esperaban el término del fallo, unos y otros, hacían talas considerables para sacar el mejor partido de la riqueza existente. Llegó á oídos de un italiano apellidado Patoquí el estado de la cuestión, y ofreció un arriendo por el derecho de explotar los bosques, el cual de tal modo se aprovechó, que en poco tiempo destruyó tanto arbolado que les hubiera sido difícil á los contrincantes ejecutarlo en algunos años. Usó, al efecto, de un procedimiento desconocido en el país, que consistía, una vez cortados los árboles y arbustos de las laderas de los barrancos, en formar cañadas de bastante altura, donde se hacinaban grandes cantidades de madera, obstruyendo por completo la corriente cuyas aguas retenía en depósitos más elevados, daba salida á las aguas de éstos y juntos impulsaban las maderas, y el ímpetu de unos y otros convertía el barranco en torrente y el cauce del Tort se agrandaba y arrastraba cuanto encontraba á su paso hasta fusionarse con el Ribagoyana.

Fué tan grande la destroza que produjo en una de las extracciones, que arrastró algunos ganados de los que pacían á sus orillas, desaparecieron no pocos terrenos de regadío de su ribera, teniendo que indemnizar después de transacciones, á pesar del escaso valor de la propiedad, la suma de diez mil pesetas. Continuó, no obstante, su obra devastadora por algún tiempo, hasta arrasarse por completo las laderas próximas á los cauces sin respetar ni los árboles añosos, ni los jóvenes que utilizaba para construir los remos de las balsas ó almadías de que se

servía en la conducción de la madera en los ríos de mayor caudal.

Han pasado muchos años sin poderse averiguar si fué casual ó motivo de venganza el incendio que experimentó este hermosísimo monte, donde el fuego no se extinguió en cinco ó seis meses, á pesar de los esfuerzos de los comarcanos. Hoy solo el boj crece en lo que fué bosque umbrío y antes que llegue á la plenitud de su vida, trónchalo el hacha para alimentar las fábricas de cucharas, y el labrador utiliza los despojos para la enramada de habichuelas.

En nuestro descenso por la ribera del Tort observamos un fenómeno que, si no nuevo por el hecho en sí, lo era por las circunstancias que en él concurrían.

Semejante al Guadiana las aguas desaparecieron del cauce, que mostróse seco en alguna extensión y en toda la anchura de sus distancias laderas, su seno las habían absorbido completamente para reaparecer quinientos metros más abajo; pero su especialización en este fenómeno es la intermitencia no momentánea cual ocurre en algunas fuentes sino que ésta dura tres meses próximamente, mientras que el resto del año sigue el curso de los demás ríos.

Pasamos frente á la isla de Las Salencas, donde un aduar de jitanos tenía establecidas sus tiendas de campaña, dedicándose á la construcción de objetos de mimbre de todas clases y tamaños, en tanto que nosotros acelerábamos la marcha en dirección á las Cabanayas para reparar nuestras decaídas fuerzas.

A orillas del Tort, del que sólo le separa una parcela por la que atraviesa la ruta de las caldas, hállase una solitaria casa, y entre la senda y el río, formado por armazón de madera que sostienen cuatro pies derechos, hay un rústico cobertizo con mesa central de piedra, rodeando asientos de toscas piedras colocadas sin concierto, y sirven de respaldo árboles y arbustos entrelazados con jazmines amarillos y madreselvas, cuyas extensas ramas besan con acompasado movimiento las cristalinas aguas de la corriente que se deja entrever por el follaje, mientras que el cadencioso sonido de la próxima fuente se mezcla con el turbulento que produce el río al despeñarse por las rocas. En tan hermoso y ameno lugar atamos los mulos al tronco de los seculares robles, para dirigirnos á la solitaria casa en busca de hospitalidad; en balde llamamos repetidas veces, por más que las espirales de humo que coronaban su tejado denunciaban no estar muy distantes sus dueños; pasaron algunos minutos, los bastantes para que los golpes repetidos repercutieran en el bosque, y una apuesta matrona rodeada de numerosa prole salió de la espesura, saludó regocijadamente cual si fuéramos de la familia, y el caso no era para menos al reconocer en nuestro introductor al dios de aquellas montañas. Éste, á quien en aquella ocasión le atormentaba la necesidad que de nutrirse tenía, le interrogó por los alimentos de que podía disponer, á la cual pregunta respondió que había de todo, hasta café.

Puede suponerse la sorpresa que nos produciría conociendo la fru-

galidad con que se alimentan aquellas gentes, donde muchas veces se carece de pan y éste no siempre es de trigo sino de centeno solo, de escollo de bellotas y hasta de mijo. Una olla aderezada con berzas, patatas ó alubias y sebo ó rancios de cerdo es el alimento ordinario, y si á nosotros nos cupo mejor suerte fué debido á la coincidencia de corresponder nuestra llegada con la víspera de la feria que el 8 de Septiembre celebran anualmente en aquel sitio, por ser el más céntrico para los pueblos del contorno.

La familia del que fué carabinero hace provisión abundante de cuanto considera que puede consumirse durante aquel día, porque sabe de sobras que es el único del año en que puede ver reunidos un puñado de monedas ganadas en pocas horas, como recompensa á la hospitalidad y alimentación de los concurrentes.

Comimos como quien tiene hambre, á pesar de que los alimentos no eran merecedores de envidia en otras circunstancias; sin que nos hubieran servido el elogiado café, aparecieron las avanzadas de los feriantes impulsados unos por el deseo de despachar pronto, y por utilizar más horas de juego los especuladores viciosos, nosotros en cambio aceleramos el momento de la salida para no exponernos á sufrir la tempestad que se cernía en las alturas de los montes que teníamos que recorrer.

Desciende el río formando un zig-zag muy pronunciado por los entrantes y salientes de los montes, cuyo término y gradación de alturas permite dominarlos todos á la vez, y éste mismo cruzamiento de los de ambas orillas facilitaría las obras de represamiento que podrían construirse.

Pequeños pueblos como Barruera y Cardet y más abajo Sarais, país de abundantes liebres, son los que forman el término del valle de Bohí, desde los que se divisan las montañas que les dan nombre.

Una roca parece tapiar completamente el paso del valle, del que se sale por pequeña angostura; del otro lado aparecen las montañas de Eran y Erillcastell con abundantes fresnos, que utilizan los vecinos de los pueblecitos de Llesp y Castelló para sus ganados, y está enclavado este último en una roca frente á la confluencia del Tort y del Noguera Ribagoyana y por consiguiente á poca distancia del término de la jornada.

VICENTE CASTÁN.

(Continuará.)

LÍNEAS CORTAS

I

Suponiendo que los besos
eran pruebas de su amor,
llegó á pensar que lo amaba
la que tanto lo besó;
y es que el pobre no sabía
que fué Judas un traidor,
y Judas á Jesucristo
Tras un beso lo vendió.

II

¿No te acuerdas? Del brazo, sin testigos,
pasábamos los dos
por una calle obscura, entre unas tapias
y la Iglesia de Dios.
Por la Santa memoria de mi madre
no olvidarte juré,
y, por igual memoria, amor eterno
me juraste también.

.....
Te perdono el desprecio y el olvido
y todo lo demás;
pero aquel juramento por mi madre.....
¡eso nunca, jamás!

III

Cuando haya el tiempo dejado
en tus encantos sus huellas,
que en vez de diez y ocho Abriles
hayas contado cincuenta,
serás buena, como eres,
ó quizá serás más buena,
pero, como ahora te quiero,
no extrañes que no te quiera.

CRISTINO GASÓS.

PERLAS DE ORIENTE ⁽¹⁾

I

Joseph estaba enfermo; el trabajo abrumador y las amarguras del destierro habían abatido su fortaleza; no podía trabajar; el Niño tenía hambre; la Virgen lloraba... lloraba sin consuelo.

En vano había pretendido en su humildad y desamparo conmover los momificados corazones egipcios: odiada como extranjera, jamás ondeaban para recibirla en los mástiles de las moradas las oriflamas de bienvenida. Extraño encontraban su dolor; extraño su destierro motivado por inauditas asechanzas de un rey poderoso contra obscuro é ignorado Niño.

Metalizado el país por la explotación continua de las colonias helenas y de las legiones romanas que habían encadenado á su triunfal carroza la esfinge del misterioso destino del *Kemít*, todo era objeto de vil tráfico: víveres, albergues, salud, tenían que adquirirse á alto precio, y á falta de dorados *tabnou* era forzoso algo digno de tentar la sórdida codicia de los *fellah*, refractarios á todo lo extranjero.

María buscó inutilmente durante largas horas; por fin halló entre los olvidados restos de su equipaje un magnífico trozo de estofa caldea que en cajas de cedro y sándalo había venido envolviendo los presentes que habían depositado á los pies de su Niño en la gruta de Belen, los reyes orientales.

Y con sus manos, más nítidas que los lirios de Judea, comenzó á coser un *schenti* mientras las lágrimas, rodando por sus mejillas, se deslizaban entre los pliegues de la pesada estofa de *El-Assur*.

(1) La distinguida escritora Srta. Magdalena S. Fuentes nos ha favorecido con un capítulo de su notable libro en prensa «Flores de Loto», próximo á publicarse en Friburgo. Agradecemos profundamente la deferencia que permitirá á los lectores de la REVISTA DE ARAGÓN saborear las primicias de una obra en que campean por igual las dotes literarias y los conocimientos en arqueología egipcia de la eximia escritora.—(N. DE LA R.)

II

Isis, adorada como esquivia esposa del *Ra* en aquella noma, eclipsaba sus argentados fulgores huyendo de la barca del sol, que aparecía en oriente con brillo siempre nuevo.

La Virgen, rendida por la fatiga, descansaba sobre la pobre estera, lecho habitual de los *fellah*; Joseph aletargado, también dormía... sólo el Niño velaba pensando en aliviar tantos dolores, en que su padre se curase, en que su madre no volviera á llorar. Con cauteloso cuidado se deslizó del regazo de la Virgen, abandonando la terraza que sustituía á la torre mosquitera en las caliginosas horas de aquella noche, tres de *Mesori*. No hacían ruido sus desnudos piecitos y sus padres siguieron durmiendo.

Se aproximó una, diez veces á Joseph, cuyo pálido rostro parecía una exornación del *chevet* de piedra calcárea en que descansaba su cabeza; debía de estar muy malo: aquel frío sudor era, sin duda, anuncio de la muerte, aquella respiración entrecortada, preludio del estertor de la agonía.

Era preciso obligar á Osimandias, el sabio curandero renombrado en todo el valle del Nilo, á que visitara, á que curase á su padre. Mas ¿cómo saciar su avaricia que la esclava etiope había ponderado en la fuente al par de sus portentosas curaciones?

Lloraría, se arrojaría á sus pies y le entregaría, cual miserable presa, aquella estofa, que era suya, porque la habían traído para él cuando era pequeñito, sin duda, entre muchos juguetes, unos señores poderosos de lejanas tierras.

III

Osimandias vivía en la orilla izquierda del Nilo, ocupada por los embalsamadores y sacerdotes consagrados á los ritos fúnebres.

Jesús llegó por fin. Un fuerte olor á nafta denunciaba los trabajos que requería la preparación de las momias; la extensa barrida de miseras casuchas de ladrillos cocidos resaltaba con terrosos colores sobre la fértil ribera en que se mecían anémonas y lotos.

El Niño, venciendo pueriles temores, penetró resueltamente en las fúnebres calles; sobre el rojizo *pilono* que daba acceso á la morada de un *kar-hebi* había colgadas áureas mascarillas, preparadas para ocultar los rostros de las momias; en un patio varias mujeres cortaban vendas de lino, que hábiles artífices llenaban

después de complicados jeroglíficos; en una plazoleta sepultaban en un baño de sodio el cadáver de un artesano, mientras los aprendices empaquetaban á toda prisa entre hojas de palmera los helados cuerpos de dos mujeres indigentes; en una azotea se destacaban, bajo abigarrado toldo, estatuas de granito que un escultor modelaba para que el *doble* de un *Eerpa-ha* se trasladase á ellas; más allá dos embalsamadores adornaban la momia de una dama, teñían con *henne* las estrechas uñas de sus manos y pies, trenzaban su lustrosa cabellera, perfumada con óleo, y ligaban sus delicados miembros con jeroglíficos vendajes.

Por fin llegó ante la casa del renombrado Osimandias, atravesó la estrecha abertura que servía de *ro* y comenzó á llamar.

Un muchacho, que barnizaba con manganeso un ataúd, asomó desde el interior de éste su terrosa cabeza adornada como la de una esfinge, por un paño rayado.

—¿Está Osimandias?—preguntó Jesús tímidamente.

—Ven á su taller—contestó el egipcio y saltando de la caja de sicomoro comenzó á guiarle por oscuros pasadizos semejantes á las siringes de un hipogeo.

Detuviéronse ambos ante una cámara tenebrosa; sobre un pozo de granito ardía un *khabes* de alabastro que prestaba siniestro colorido al cuadro en que se destacaba el viejo Osimandias, animando con sus conjuros, revelados por el mismo *Thot*, las figurillas *respondientes* que habían de trabajar en el reino osirio por el difunto cuyo nombre llevaban esgrafiado sobre su cuerpecillo de esmalte verde.

El Niño Jesús contempló con curiosidad la silueta del amarillento egipcio envuelto en blanca túnica, su cráneo afeitado y reluciente, sus largas manos, que aprisionaban á las figurillas *oushebti* mientras con su hálito y sortilegios parecía animarlas.

—¿Para qué me buscas?—preguntó el viejo suspendiendo su trabajo.

—Quisiera conducirte á mi casa—balbuceó el Niño.

—Vienes equivocado, sin duda. ¿Ha llamado Osiris á alguno de los tuyos? En ese caso, en la esquina tienes embalsamadores que cumplirán tan bien su cometido, que la buena *Neftis* trabajará poco para conservar su momia.

—Tengo enfermo á mi padre. Si eres tan sabio como dicen, le podrás curar.

—¿Quién es tu padre?

—Un carpintero.

—¡Por Setti que eres atrevido! ¿por un artesano había de atra-

vesar la ciudad y abandonar mi trabajo? Un *suten-re*,—un pariente de Faraón,—*vida, salud, fuerza*,—me envía á buscar hace días y aun he de hacerme rogar antes que visite su palacio,—murmuró mientras desarrollaba un papiro tan amarillento como las manos que lo sostenían.

—Yo pagaré su trabajo—insinuó Jesús dulcemente.

El egipcio le contempló con sus ojos largos y estrechos y su desdentada boca se contrajo por una mueca burlona.

—¿Cuántos *tabnou* de oro me traes?—preguntó irónicamente.

—Traigo esta tela que es muy primorosa.

El viejo alargó sus macilentos brazos y cual el más codiciado *fellah*, la examinó atentamente.

—No vale nada: es una estofa caldea. Sin duda pensabas deslumbrarme con los hilillos de oro que matizan las palmas del dibujo y con el genio alado que adoran esos extranjeros, que Tifón confunda.

Por el hermoso rostro del Niño comenzaron á correr las lágrimas al perder la ilusión de convencer al exigente avaro.

En tanto Osimandias contemplaba con asombro una gruesa perla que esmaltaba el dibujo; se acercó al *khabes* en que ardía aceite de ricino y, al convencerse de su valor, la ocultó presuroso entre sus manos.

Jesús imploraba en balde; en balde invocaba la dulce caridad; comprendiendo que todo era inútil quiso recuperar la recamada estofa, mas al cogerla, advirtió que en sus pliegues se ocultaban finas y nacaradas perlas.

El avaro también las divisó y al ver que el Niño las recogía exclamó, fingiendo naturalidad:

—Parece que también traes piedrecillas de adorno.

—Son perlas,—replicó Jesús, temeroso de que rebajase su valor.

—¿Cómo las tienes?—preguntó Osimandias; y para amedrentarle y retener el tesoro prosiguió: —algún hurto sin duda. Los carpinteros no coleccionan perlas.....

—Jesús calló, herido por el horrible insulto. De pronto prorrumpió con ciega fe, con celestial arrobamiento:

—Son lágrimas.....

—¿Qué dices!

—Lágrimas de mi Madre trocadas en perlas por la omnipotencia del verdadero Dios.

Efectivamente, las lágrimas de María habían recamado la estofa de irisadas perlas.

Jesús, con aplomo superior á sus tiernos años, insistía planteando un dilema irrefutable: ó venía ó se lo llevaba todo.

—Accedo,—refunfuñó el avaro; y averiguadas las señas del humilde *pirou*, añadió despidiendo al Niño.

—Dí á tus padres que iré enseguida... es decir... que iré luego... á la tarde... en cuanto visite al *suten-re*.

Y Jesús se alejó de allí confiado y alegre, pensando con amorosa y dulce convicción que las lágrimas de la Virgen, que las lágrimas de todas las madres, son perlas más puras y preciosas que las de los mares de oriente.

MAGDALENA S. FUENTES.

Madrid, 1903.

LETRAS CONTEMPORÁNEAS

ESTUDIOS CRÍTICOS

Reposo. — Novela de Rafael Altamira

Seis obras lleva publicadas la Biblioteca de novelistas del siglo xx, sin que pueda ponerse á ninguna de ellas como modelo digno de imitación. Á fe que nos pesa y muy mucho el hablar de esta manera; mas si razonable y justo parece que á los jóvenes debe prestárseles ayuda que le sirva de estímulo, los elogios inmerecidos suelen dar frutos bien amargos.

Miguel de Unamuno, que es, á mi humilde opinión, una de las personas que mejor piensan en España y de las que con más atención siguen el movimiento intelectual europeo, fué el que rompió la marcha con *Amor y pedagogía*.

Dícese, y yo me guardaré muy bien de dudarlo, que la novela, como todo lo humano, se mueve sin cesar hacia adelante en busca de nuevos y perfeccionados moldes, ya que los antiguos el uso los ha gastado en demasía.

El ilustre rector de Salamanca, original por temperamento, rompió lanzas por la dicha opinión, presentando una novela que, en la forma, ya que no en el fondo, se diferenciaba de las conocidas aquende del Pirineo.

He de confesar que sólo el mucho cariño y sobra de afición que tengo por las cosas de Unamuno, lleváronme hasta el final de la novela, final que por cierto tiene un corte verdaderamente peregrino. No me satisfizo, pues, la novela como tal, y sí porque lo que escribe su autor digno siempre es de ser leído.

Poco después, Martínez Ruiz, en la *Voluntad*, hizo algo de un carácter ciertamente muy suyo. Como el autor de *Amor y pedagogía*, llenó las páginas de prosa hermosísima, de un bello caste-

llano, digna envoltura de pensamientos é ideas originales, cosas ambas que escasearon lastimosamente en los tres volúmenes que publicó la misma Biblioteca.

De sus autores, los Sres. Zozaya, Orbe y Pérez, poco he de decir, y esto no en tono de alabanza; son cándidos, inexpertos y carecen absolutamente de la cultura bien cimentada que caracteriza á Unamuno y Martínez Ruiz. Los caracteres que pintan se parecen en los oscuros y mal delineados, como hechos de memoria. Por último, el esquema de la novela deja mucho que desear, denotando una falta de estudio muy lamentable.

Rafael Altamira, ilustre catedrático que con Buylla, Posada, Sela, Aramburo y otros, han hecho de la Universidad de Oviedo un establecimiento de enseñanza que mire á Europa, es una persona estudiosa, de imaginación poética y que escribe la mejor *Historia de España*, ya que no la más voluminosa.

Dije que tenía imaginación poética y no rectifico, pues que ella le domina en todo *Reposo*, prestando involuntario candor y paradógica alegría á los pesimismo y desalientos de *Juan Uceda*.

Como en *Ana Karenine*, *Reposo* cuenta con un personaje, el protagonista, cuyas ideas y sentimientos son hermanas gemelas de las del autor. Esto, que podía dar fuerza realista á la novela, tiene el gravísimo inconveniente de absorber demasiado la atención del autor, quien descuida el dibujo de los demás caracteres.

Rafael Altamira debe poseer un temperamento delicado, reacio á admitir como bellas las crudezas de la escuela naturalista. Es más, la misma causa le hará simpáticas las sutilezas psicológicas de los *Bourget* y *d'Annunzio*, ya que sus *perversidades* envueltas van en cubierta pulcra y elegante.

Con esto y un poquito de felicidad que le haga pasadera la vida, el buen profesor de Oviedo dispone de un cristal rosado, á través del cual ve la humanidad.

Todos sus personajes son excelentes personas, cariñosos y desinteresados; en fin, verdaderos tipos de novela: se observa que el autor no los ha sentido vivir, sino que son exclusivos hijos de su imaginación.

Con un procedimiento diametralmente opuesto al que seguía Zola, Altamira amontona en Levantina, almas suaves, de mirar sereno, llenas de bondad y amor, médicos generosos y caritativos que ejercen un verdadero protectorado providencial, sacerdotes seráficos de una ingenuidad y timidez encantadora, excelentes señoras que ajustan todos sus actos á la moral más severa, niños

de una precocidad simpática que adoran la naturaleza y el estudio.

Sobre este conjunto hace flotar Altamira el desaliento de un alma prematuramente fatigada por no sé qué luchas políticas y literarias. La tal alma encerrada está en un cuerpo robusto y sano, con un cerebro de artista de estructura muy semejante á la de su señor autor. En *Levantina* se ve rodeado de personas muy buenas, de campesinos muy distintos de los que Zola y Gorki describen en sus obras; ya nos hacemos la ilusión de verlo establecido allí de un modo definitivo, y, llevados por nuestro cariño hacia su natural simpático, elegimos una compañera digna de él, cuando se presenta una muchacha, antigua novia, con quien riñó por motivos propios de un mentecato y no de un intelectual, y héte al Ucedo fuera de juicio y otra vez enamorado de la que, obrando con cordura, le despide tranquilamente. Se precipitan los acontecimientos hasta llevarle al vagón del ferrocarril que le conduce á Madrid, palenque donde ejercitará sus recuperadas fuerzas de luchador.

Esto pienso de *Reposo*, y lo digo tal como lo pienso, doliéndome de que las excelentes cualidades que Altamira posee para novelar las malverse, no sé si por falta de experiencia ó por escasez de tiempo, que en dos meses sólo un asombroso narrador como Galdós puede llenar más de trescientas páginas de prosa sustanciosa.

El lenguaje de *Reposo* es fácil y correcto, las escenas típicas que describe son de una realidad admirable, como vistas con ojos de observador. La naturaleza muy bien sentida; es, por tanto, verdaderamente sensible que Altamira se deje llevar por el sentimentalismo de idéntico modo que años há al firmar algunos tomos de cuentos.

ANTONIO AGUIRRE METACA.

Huesca 25, 3—903.

Cuentos infantiles

El del casado de segunda vez

Pues señor, cuando los que se mueren se presentan en las puertas del Cielo, les pregunta San Pedro cómo se llaman, de dónde son, qué edad tienen, á qué se dedicaban en vida y si han muerto solteros, casados ó viudos y enseguida mira en un libro muy grande, muy grande, que bien podría llamarse el Gran Libro de la Deuda, ó de las Deudas, es decir, de los Pecados, á ver qué cuenta tiene con Dios cada prójimo que se presenta á liquidar, para dejarle pasar si está en paz con Él, enviarle al Purgatorio si es poco lo que debe, ó al infierno si es un perdido que está entrampado hasta los ojos. Pero en cuanto San Pedro se entera de que el infeliz que va á liquidar ha muerto casado, ya no mira el libro y le manda pasar adelante.

Pues, señor, una vez se presenta en la puerta del Cielo un tuno de marca mayor, que estaba más muerto de miedo por la cuenta que tenía que dar que de la enfermedad que le había llevado al otro mundo; estuvo un rato esperando hasta que le llegó la vez y mientras tanto fué enterándose de las preguntas que San Pedro hacía, de las contestaciones que le daban y de las determinaciones que tomaba después y como observó que al que había muerto casado le dejaba entrar en el Cielo sin detenerse siquiera á mirar el libro, dijo para sus adentros: me salvé.

En éstas le pregunta San Pedro:

—¿Cómo te llamas?

—Bienvenido.

—¿De dónde eres?

—De Medinaceli.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta años.

—¿Qué oficio tenías?

—..... Vivía de mis rentas.

—¿En qué estado has muerto?

—Casado.

—Ya lo podías haber dicho antes, hombre, y me hubieras ahorrao estas preguntas.

¡A ver! ¡otro!

El de Medinaceli fué á entrar en el Cielo tan campante, pero precisamente al pasar por el umbral de la puerta dice, para que San Pedro estuviera más persuadido del acierto en que había tomado la resolución de dejarle pasar:

—¡Y de segunda vez!

San Pedro, que ya estaba enterándose de quién era el que venía detrás, oye lo que dice el de Medinaceli y lo coje de un brazo diciéndole:

—¡Atrás! Conque reincidente ¿eh? ¡Una á cualquiera se la dan! ¡pero aquí no queremos mentecatos!

Y de un tirón lo sacó de allí y de un empujón lo arrojó de cabeza á los infiernos.

Z.

EL DOCTOR DON MANUEL JOSÉ DE LAMA

PRESBITERO

(† en Madrid, el día 26 de Febrero último.)

La variada y docta minerva con que promueve la REVISTA DE ARAGÓN el cultivo de las letras patrias, habiendo ya logrado ser ornamento de las mismas, háceme esperar la benevolencia de su ilustrada redacción para las presentes cuartillas.

Porque aunque no había nacido en Aragón el Dr. Lama (1), en Zaragoza pasó los más fecundos años de su vida, á los hijos de Aragón dedicó sus peregrinos talentos y constantes estudios, y en la Universidad de Zaragoza los completó, asistiendo, cuando ya era maestro insigne, á las facultades de Filosofía y Letras y Derecho como discípulo ejemplarísimo: que en todo lo fué, como sacerdote y como catedrático, como pedagogo y como prebendado, como amigo y como director espiritual, D. Manuel Lama; según era llamado siempre por sus alumnos, amigos y compañeros.

Trasladado de la Sede episcopal de Badajoz á la Metropolitana de Zaragoza el humilde y caritativo dominico García Gil, años después investido por *motu proprio* de Pío IX con la púrpura cardenalicia, homenaje á la providencia y sabiduría que mostró en el Concilio Vaticano, emulando glorias españolas del Tridentino; D. Manuel Lama, profesor de Humanidades en el Seminario de Badajoz (1857), y á beneficio de tal título allí ordenado de sacerdote, fué uno de los que vinieron á Zaragoza (1859) formando parte de la familia episcopal del nuevo prelado.

Los Valiño y Somoza, Peña y Pastor, y aunque vivan y mortifique su humildad este recuerdo, los Romay, Pardo y Perfecto eran los compañeros de Lama; y coterráneos todos del preclaro arzobispo, é imitadores todos de su celo, Zaragoza y muchas ge-

(1) Nació en San Esteban de la Mota, provincia de Lugo, el 12 de Enero de 1833.

neraciones de sacerdotes han conocido y han recordado más de una vez la respetuosa prudencia de los unos, las enseñanzas de los otros y la abnegación de todos. Que si pareció "colonia gallega,, no vinieron á disputar preeminencias ni gajes, sino á ser coadjutores fieles de "su señor arzobispo,, poniendo al servicio de los intereses religiosos y científicos de la metrópoli aragonesa en las aulas, en el púlpito y en el régimen diocesano, su generosidad, su palabra y su doctrina.

Aparte las obligaciones de su estado sacerdotal, el estudio y la cátedra fueron la vocación de Lama; vocación que siguió con tanta fidelidad, que pasó la vida estudiando, y enseñó hasta los últimos días precursores del de su muerte. Estudiaba para saber y para enseñar; los *grados* académicos, y mucho menos una explotación útil de los mismos, jamás figuraron entre los motivos de sus carreras universitarias; y con haber cursado las facultades de Teología, Cánones, Derecho y Filosofía y Letras, no sé que fuera graduado más que en esta última; cuyo doctorado recibió en la Universidad de Zaragoza, cediendo á cariñosas instancias.

En el Seminario de Lugo comenzó sus estudios, y siguió durante diez años (1847-1857) los cinco de segunda enseñanza y cinco de Teología, mereciendo la suprema calificación; y en el mismo Seminario, cuando todavía era su ejemplar discípulo, comenzó la enseñanza; en 1852, como profesor privado de latinidad; en 1854, siendo colegial interno, como auxiliar para las cátedras de Humanidades, y en 1856 fué nombrado catedrático de Lengua hebrea del mismo Seminario.

Llamado á Badajoz (1857) por su prelado para el magisterio de Humanidades, la difícil labor de organizar sus estudios para que los filósofos y teólogos tuviesen la preparación necesaria, le absorbe de modo que retrasaba el recibir la ordenación sacerdotal, muy temeroso de que los deberes de su nuevo estado le mermarían el tiempo de trabajo para sus cátedras; temores que el mismo García Gil tuvo que desvanecer con insinuante consejo, al cual se rindió el joven diácono con lágrimas de gratitud nunca extinguida.

Zaragoza ocupó la más larga jornada del profesor y del sacerdote, veintidos años. Catedrático de Humanidades desde el 1859 al 62, de Filosofía desde el 62 al 75, de esta facultad y de la de sagrada Teología desde el 75 y, además, de Lengua griega, desde el 78 al 81, los cursos de clásicos latinos, de Geografía, de Historia, de Lógica, de Dogma, fueron materia de sus enseñanzas en dos cátedras diarias, y tres á veces, durante muchos años; y además, desde 1869, fué sustituto en la Universidad de cátedras de Filosofía y Derecho.

El espíritu de Lama hizo sentir bien pronto en el Seminario las influencias de la austeridad y pulcritud de su persona, de su amor á la disciplina, del ejemplo de sus estudios universitarios, del vigor de su celo didáctico, de la variedad de sus lecciones, y de su conducta y porte sociales para ninguno más severos que para sí mismo.

D. Manuel Lama se adelantó á muchos en la instauración de la Filosofía tomista, y restableció el estudio de la *Summa* del Doctor Angélico, en sus cursos de Teología.

D. Manuel Lama impulsó escuelas de latinidad como la de La Seo, y colegios como el de Belchite, que debieron á sus entusiasmos un feliz renacimiento de los estudios clásicos.

D. Manuel Lama vivió siempre relacionado con todos sus discípulos de mayores aptitudes y vocación científicas, en el Seminario y en la Universidad, alentándoles en sus propósitos, facilitándoles sus libros y celebrando sus triunfos en las oposiciones como propios.

D. Manuel Lama era la cátedra misma; y había que verle, arrojándose con su modesto pero limpio manteo, su cana cabeza erguida, bien enfocados sus anteojos, un lápiz en la mano derecha, el texto clásico ó el atlas á la vista, ó á la de su clarísimo entendimiento la cuestión filosófica por explicar; era de ver cómo Lama *recogía* con su penetrante mirada á todos sus discípulos obligándoles á difícil atención; cómo definía y fijaba las cuestiones con breve palabra y claro juicio; cómo procuraba que los alumnos le siguiesen en las demostraciones y aun se adelantaran á la conclusión; cómo suscitaba y sostenía el *trabajo personal* (hoy tan menguado que se le preconiza á manera de novedad nunca practicada); cómo proponía ejercicios prácticos sobre los temas dialécticos; cómo desglosaba de los textos lo que debía omitirse ó anticiparse para educar el pensamiento, facilitarle los caminos del discurso y alumbrar el espíritu crítico dotándole del espiritual *paladeo* que la ciencia requiere, del hábito de entender y de hablar por *ideas*, de investigar como por función de *minero*, de *buzo* y de *lapidario* que las diferentes formas y aplicaciones de la investigación científica permiten.

¡Era un Maestro!

Y un maestro que no separó la educación, en sus aspectos capitales, de la instrucción literaria y filosófica, teniendo para la primera dotes no menos peregrinas que para la segunda.

De una y de otra fué D. Manuel Lama "viviente lección"; que su cátedra de Lógica mostraba á la razón rumbos y fueros, y á la voluntad los principios formadores del carácter y directores de la vida en el orden científico y social, sin orgullosas exaltaciones del Yo, ni meticuloso apocamiento de la personalidad humana.

Con la muerte del cardenal García Gil, 1881, terminó el profesorado de Lama en Zaragoza: más de un prelado, conocedor de sus talentos y virtudes, le ofreció en su diócesis honrosa prebenda; y el sucesor de aquel venerable purpurado, el cardenal Benavides, de grata memoria, admirando en Lama al catedrático y al sacerdote desde su primera visita, procuró vivamente que aceptara el rectorado de su Seminario, brindándole con "carta blanca", para cuantas reformas juzgase convenientes.

Lama creyó que en conciencia no podía aceptar un ofrecimiento, honra de quien lo hizo y justa estimación de los méritos

del agraciado: iguales ofrecimientos había rechazado en Badajoz antes, y luego en Sigüenza y Huesca.

Su título de ordenación le ligaba á la diócesis de Badajoz, cuyo anciano prelado le suplicaba que no le dejase por los pocos años que le quedaban de vida. Y en edad ya merecedora de algún descanso, el Dr. Lama volvió al Seminario de Badajoz; emprendió con juvenil entusiasmo la reorganización de los estudios; mejoró la disciplina, aceptando como acto formal de *obediencia* el nombramiento de vicerector; se multiplicó para las cátedras vacantes ó deficientes; impulsó las de Latín y Griego, restableció la de Lengua hebrea, con dos años de lección diaria, que él mismo dió; renovó la enseñanza de la Filosofía con igual trabajo durante los primeros cursos; y cuando llegó la hora providencial de que saliese de Badajoz, dejaba entre sus discípulos buenos profesores que continuaron su obra docente.

Había muerto (1891) el obispo de Badajoz, su amigo desde el glorioso pontificado de García Gil en aquella Sede; y lo era de Sigüenza, muy celoso, el Dr. D. Antonio Ochoa. Dignidad del Cabildo de Zaragoza durante muchos años, Secretario de Visita del mismo García Gil y formado según su espíritu, conocía muy bien á D. Manuel Lama. Vacante por segunda vez la Maestrescolía de Sigüenza, y por segunda vez el prelado en turno para proveerla, segunda vez y muy repetidamente ofreció aquella dignidad el excelente prelado al Dr. Lama, logrando, al fin, que la aceptase. Lama, canónigo de Sigüenza y familiar de su prelado, no faltaba á las obligaciones de su prebenda; pero bien pronto le absorbieron los impulsos de su vocación por la enseñanza: reformó notablemente la segunda, llevando dos excelentes profesores de Ciencias, Rocasolano y Aroza, propuestos por su eximio catedrático y decano el Dr. Solano, é introdujo tales hábitos de aplicación y disciplina entre los escolares, que éstos dedicaban las horas de recreo y algunas de las vacaciones estivales á estudiar paseando por los claustros del colegio: yo lo he visto.

La prematura muerte del bondadoso prelado seguntino (1896), señaló el fin de su prebenda al canónigo: cumplidos los deberes espirituales y testamentarios, Lama insistió en su renuncia de la canongía, desoyendo indicaciones contrarias y planes de ventajosas permutas; y, tras corta residencia en su país y en Zaragoza, se estableció en Madrid, logrando el aislamiento que deseaba para librarse del "mundanal ruido". Los insignes obispos de esta Diócesis, señores de Cos y Guisasola estimaron, apenas conocido, las excepcionales prendas del Dr. Lama; quien aceptó no más que la dirección espiritual de una comunidad religiosa tan pobre como observante.

Y esta obra de místico perfeccionamiento del Director y de las dirigidas, el estudio de obras filosóficas y de la Biblia, á cuya nueva é íntegra lectura se dedicara últimamente, la instrucción de un joven discípulo, como luego diré, y las visitas de los antiguos, aquí residentes, cuyas atenciones agradecía con paternal ternura, y cuyos nombres, sin olvidar muertos ni ausentes, pro-

nunciaba siempre con tanto afecto como elogio, hacían tranquilamente felices los setenta años del Dr. Lama.

Habíale proporcionado apacible *retiro* en la iglesia de San Pedro, filial de la parroquia del Buen Consejo en la Catedral, su discípulo el celoso párroco de la misma D. Vicente Casanova. Este sacerdote aragonés ha tenido la satisfacción de que viviera en su compañía los años últimos, de atenderle con el más afectuoso respeto en vida, de prodigarle durante la enfermedad solícitos cuidados, de apercibirle para una santa muerte, y de tributarle en el enterramiento (1) y en el funeral, homenajes cuya triste solemnidad engrandecieron sus mal reprimidas lágrimas, que no se adelantaban á las lágrimas de los amigos y discípulos presentes.

No obstante la edad, Lama tenía salud muy normal y la plenitud de sus facultades; supimos su dolencia (pulmonía gripal) cuando ya estaba agonizando; y á todos sorprendió la noticia, pero no á D. Manuel la misma realidad de su muerte.

Tan sereno como si se tratara de la agena hizo las indicaciones convenientes para las visitas de su confesor y del notario; recibió con clara conciencia del trance el Santo Viático y la Extrema Unción; pidió la lectura de la Recomendación del alma, contestando á sus tiernas oraciones; conservó el conocimiento hasta el postrer instante; y espiró el Maestro dando con su ejemplar muerte la mejor de todas sus lecciones.....

..... prenda cierta
de que pudo á la partida
marchar de esta á la otra vida
con la cara descubierta.

Cuando llegué le vi ya muerto; pero impresos en su *facies*, no los signos del cadáver sino huellas de la dignidad de toda su vida; la misma compostura, el modesto continente de su distinguida persona, tan característicos de Lama que fijaba la atención de todos, y que "predicaba sólo con su figura", según dice el ilustre decano de la Rota D. Antonio Ruiz, que le admira como el más fervoroso de sus discípulos.

En éstos vive su obra: consignar sus nombres, no sabiéndolos todos, ni aun los de los sobresalientes, daría origen á omisiones ofensivas: pero indiquemos para gloria del insigne Maestro que en las Reales Academias, en las cátedras de los Institutos, de las Universidades y de los Seminarios, entre prebendados de dignidad y de oficio, en el óptimo clero parroquial, en los claustros de vida ascética, entre pobres hijos del pueblo que no pudieron pasar, por azares de la fortuna, de los colegios de latinidad, y en aristocráticas familias cuyos hijos recibieron con la educación é instrucción de D. Manuel, timbres que no estiman como el menor de su

(1) Sacramental de San Justo, patio de Santa Gertrudis, nicho núm. 29, fila 3.ª; según los deseos de su humildad iba á ser enterrado en una fosa común; ya estaba en el fondo de la misma el cadáver del Dr. Lama y recibiendo tierra, cuando tal angustia se apoderó de todos al pensar en la pronta confusión de sus restos, que resolvió sacarlo de la fosa y que lo enterrasen en sepultura particular, eligiéndose el nicho indicado: lo cual permitirá, en su día, la honorífica traslación que acordaren el cariño y gratitud de sus discípulos,

linaje; por todas partes existe una larga generación intelectual que aplicará agradecida al honroso magisterio de Lama, durante cincuenta años, el

*longè sequere
et vestigia semper adora.*

¡Cincuenta años de fervorosa enseñanza!

Porque sólo para morir interrumpió su magisterio el Dr. Lama; y bien merece ser nombrado su último discípulo, porque habiendo sido el último, y en temprana edad, tiene esta desgracia de verse privado de maestro tan insigne, el joven duque de Terranova. Había comenzado á recoger los frutos de la más sazónada experiencia; y esperemos que el benjamín del Dr. Lama conserve la dirección recibida y el buen nombre del Maestro, por todos los que le hemos precedido como discípulos, y le precedemos también de muchos años en la carrera de la vida.

¡Descanse en paz el sabio Maestro!

Viva entre las eternas claridades de la Verdad, de la Causa de las causas que estudió, que enseñó, y en que esperó, porque el Dios de las ciencias es también el de las misericordias!

ANTONIO HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS.

Madrid, Marzo de 1933.

BIBLIOGRAFÍA

Lo contencioso-administrativo, por D. José M.^a Caballero y Montes, doctor en derecho civil, canónico y administrativo, y abogado del Ilustre Colegio de Zaragoza. Tomo I. «Naturaleza y condiciones generales del recurso contencioso-administrativo».—Zaragoza, Tip. Mariano Escar, San Miguel, 12.—Un volumen de 680 páginas, 10 pesetas.

Entre los muchos problemas que la ciencia y la legislación ofrecen á la actividad de los estudiosos, destaca por su complejidad el de lo *contencioso-administrativo*, cuya importancia práctica es mayor seguramente que su interés doctrinal. Teóricamente, en efecto, hay que reconocer que no se ha respondido á las objeciones fundamentales que contra este procedimiento especial han formulado los defensores de la unidad de la jurisdicción. El señor Caballero, abogado ilustradísimo y laborioso, ventajosamente conocido por otros trabajos que acerca de lo contencioso-administrativo ha publicado en libros y revistas, se ha propuesto con el notable libro que motiva esta nota, escribir una obra de carácter práctico que sirva de guía luminosa á cuantos, como interesados ó como consejeros, tengan necesidad de conocer la legislación y la jurisprudencia contenciosa: y este mismo propósito que el autor realiza cumplidamente, es el mejor testimonio en favor de la utilidad de su ímproba labor, toda vez que, como queda dicho más arriba, sería difícil defender científicamente una institución que sólo por razones históricas y por motivo de conveniencia se mantiene.

El mismo señor Caballero, al señalar muy acertadamente lo impropio que resulta llamar *recurso* á lo que constituye un verdadero *juicio*, prepáranos un nuevo argumento en apoyo de la unidad de jurisdicción, puesto que si de lo que se trata es de juzgar y esta protestad constitucional comprende á los tribunales y juzgados, es evidente que sólo el Poder Judicial puede entender en ese *juicio* sin que la especialidad de la materia pueda tener otro alcance que la diferenciación práctica de los órganos específicos que dentro del mismo Poder conozcan de esos asuntos, lo cual se lograría con la aceptación de la famosa enmienda del Sr. Montero Ríos y la restauración de la Sala 3.^a del Tribunal Supremo.

Hay que reconocer, sin embargo, que si teóricamente lo contencioso-administrativo significa un resto de instituciones históricas, en la práctica constituye una verdadera garantía y el único remedio contra el despotismo gubernamental. Gracias á ese recurso no es raro ver en nuestros días revocadas muchas resoluciones arbitrarias de autoridades y corporaciones y no pocas decisiones ministeriales, y si se abaratara el ejercicio de esta jurisdicción dando facilidades al ciudadano para ampararse en la ley contra el atropello del que se extralimita, se daría con ello el más rudo golpe al caciquismo y se enseñaría á todos á tener conciencia de su derecho. Muy de señalar en este punto es el artículo 3.º de la nueva ley, cuyo alcance y transcendencia expresa el Sr. Caballero con gran acierto y claridad.

El tomo I de la obra que nos ocupa creemos que es, dado el punto de vista práctico, el más completo y el más interesante de cuantos se han publicado hasta el día sobre el recurso contencioso-administrativo, y resultará más que útil, casi indispensable para los que ante una resolución administrativa no saben qué camino tomar para obtener su revocación. En la vida profesional, como en ninguna otra, puede decirse que plantear bien una cuestión es andar la mitad del camino para resolverla, y las ventajas de la nueva ley de lo contencioso, definiendo en su artículo primero las condiciones generales del recurso, sólo pueden recogerse mediante un estudio detenido de la ya considerable jurisprudencia del nuevo Tribunal, cuyas sentencias extracta con muy sano criterio el Sr. Caballero.

Mil plácemes merece el distinguido abogado por su notable obra, cuya terminación se espera con legítimo interés.

¡Y pensar que el Sr. Caballero á pesar de su competencia no ha podido ser gobernador! ¿Será que para administrar la cosa pública, á gusto del que manda, no hace falta sino que estorba el derecho administrativo?—A. R. V.

